




# gentrificados

## RELATOS:

Oswaldo Barrera Franco Nancy Castro Melissa García Meraz Gerardo Galarza  
 Ivonne Melgar Alejandro Ordorica Esteban Ortiz Castañares Francisco Ortiz Pardo  
 Francisco Ortiz Pinchetti Leticia Robles de la Rosa Rivelino Rueda Jesús Adrián Ruiz

Ilustración: Dirce Hernández



## El asesinato de Trotski, hace 85 años en Coyoacán, en fotos del archivo Casasola

Este mes de agosto se conmemoran 85 años de la muerte de León Trotski, pieza clave de la revolución rusa, que fue asesinado en su casa de Coyoacán por un espía. Al hecho se le conoció como "El asesinato del siglo".



San José Insurgentes  
Instituto de Yoga GFU

**55 años nos respaldan**

¡Atrévete al cambio!,  
practica:  
**Yoga**

Alivio del estrés,  
mejor respiración  
y circulación,  
conciencia y paz interior

¡Regresamos  
a clases  
presenciales!

www.yogasanjoins.com  
sanjoins@hotmail.com



# ¿Calamidad u oportunidad?

Es muy probable que la “gentrificación” comenzó cuando los humanos que habitaban en las ramas de los árboles y se desplazaban por medio de ellas, decidieron “invadir” las cuevas de los cerros y desplazar a los animales que habitaban en ellas, como escribe en este número Gerardo Galarza. El tema ha cobrado actualidad en la capital por las manifestaciones de vecinos de colonias en contra de ese fenómeno, que para muchos es inevitable e irreversible. Otros proponen que puede manejarse de manera inteligente para sacarle provecho, siempre y cuando se cuide preservar nuestros barrios emblemáticos. Verlo desde distintos ángulos a través de los relatos de nuestros colaboradores es la intención de este número dedicado a la gentrificación. De lo que estamos seguros es de que no se trata de un fenómeno nuevo, sino que ocurre tal vez desde hace centurias. O milenios, como sugiere nuestro estimado Gerardo.

## » DIRECTORIO

**Libre en el Sur**  
Doscientos cincuenta y nueve  
Agosto de 2025

**DIRECTOR**  
Francisco Ortiz Pinchetti  
**SUBDIRECTOR**  
Francisco Ortiz Pardo  
**COEDITOR GRÁFICO**  
Víctor Durán  
duran.victor@hotmail.com  
**SERVICIOS FOTOGRAFICOS**  
Agencia Cuartoscuro  
**ASESORES DE VENTAS**  
Elena Pardo S.  
**DISEÑO**  
Kimera

**OFICINAS**  
Miguel Laurent 15 bis despacho 404,  
colonia Tlacoquemécatl del Valle,  
alcaldía Benito Juárez, C.P. 03200,  
Ciudad de México. Teléfono: 5539 5212 41.

Correo: libreensur@gmail.com  
[www.libreenelsur.mx](http://www.libreenelsur.mx)

Libre en el Sur es una publicación mensual digital editada por Grupo Libre Comunicación, S.A. de C.V. Certificado de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Nombre (Indautor) número 050714382500-101. Los editores no son responsables del contenido de la publicidad. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores.



Suscríbete por sólo \$350 pesos anuales  
ENVÍO GRATIS

Adquiere hasta la puerta de tu casa **Cuartoscuro**, la principal revista de fotografía en México y América Latina.

Desde hace casi 30 años la revista está comprometida con visibilizar la creación fotográfica en nuestro país desde una perspectiva independiente. ¡No te quedes sin tu ejemplar!



revista@cuartoscuro.com  
teléfono 555211 2607, ext. 106

**CUARTOSCURO**  
AGENCIA DE FOTOGRAFÍA Y EDITORA

37 AÑOS DE RETRATAR A MÉXICO

**OFERTA \$150 POR DIAGNÓSTICO**

¿Sabías que? puedes conocer:

**IDENTIDAD • CARÁCTER**  
**• TEMPERAMENTO**  
**MODO DE SER DE UNA PERSONA**

**POR MEDIO DE SU FIRMA Y ESCRITURA**

**¡DESCÚBRELO!**



**Alberto Benítez Castelán,**  
**perito en Grafología**

 **5536 46 56 56**



Cinvestav

EXCELENCIA EN INVESTIGACIÓN Y POSGRADO\*

Bebidas Energéticas

# ¿Euforia cerebral?

Son productos formulados para brindar una sensación de mayor vitalidad, mejorar la concentración y aumentar el estado de alerta, pero...

cada lata contiene:

Ingredientes que activan el cerebro y las neuronas, lo que puede hacer que sean adictivas

El 73.3% de jóvenes entre 16 y 18 años han consumido una bebida energética al menos una vez en su vida.\*

Las razones más comunes para el consumo fueron:

Reuniones y celebraciones con sus amistades

71.1%

Momentos de estudio

11.1%

Periodos de examen

6.7%

Rendimiento deportivo

2.2%

\*Encuesta realizada por estudiantes de la UJAT

50 g de azúcar, el doble de lo que la OMS recomienda por día para adultos

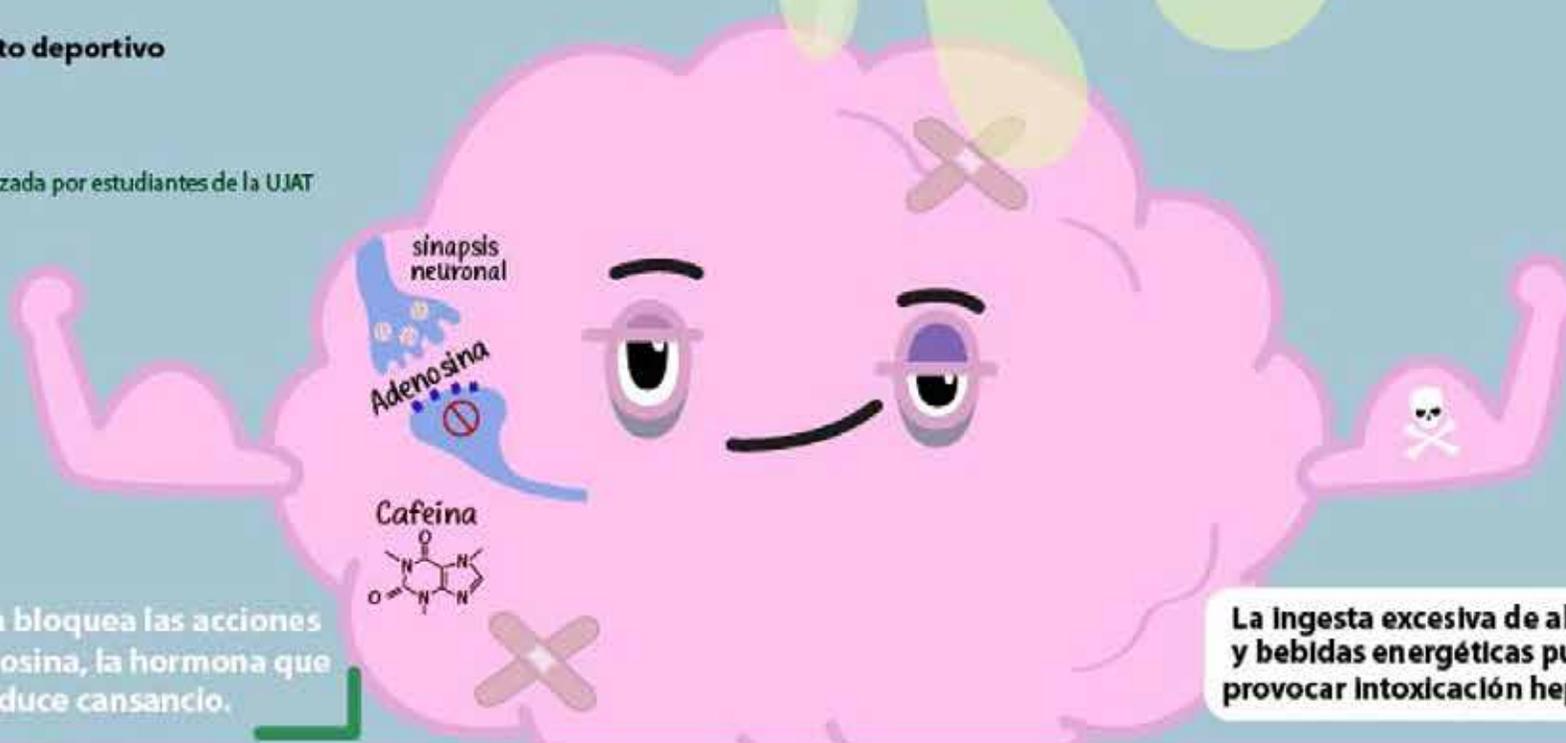
azúcar

cafeína

150 mg, lo equivalente a cuatro tazas

taurina

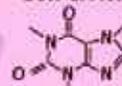
Hace que el corazón se acelere más de lo que lo haría la cafeína por sí sola



sinapsis neuronal

Adenosina

Cafeína



La cafeína bloquea las acciones de la adenosina, la hormona que produce cansancio.

La ingesta excesiva de alcohol y bebidas energéticas pueden provocar Intoxicación hepática.

Entérate de lo más novedoso de la ciencia en México, síguenos en Conexión Cinvestav.



@ConexionCinvestav  
conexioncinvestav  
Conexion Cinvestav



www.cinvestav.mx

# El riesgo de ser bonito



Fotos: Esteban Ortiz Castañares

Ante la multiplicación de las protestas por la gentrificación en Europa, los gobiernos han establecido distintas estrategias para tratar de resolver o reducir los efectos no deseados del desplazamiento de poblaciones.

POR ESTEBAN ORTIZ CASTAÑARES

En nuestra querida CDMX, mi generación vio y vivió, a causa del crecimiento y la transformación de la urbe, cómo zonas muy populares del centro o la Condesa y la colonia Roma de clase media —donde yo crecí—, se convirtieron en colonias de clase alta. Los edificios que en muchos casos eran vecindades o estaban semiabandonados, fueron remozados y actualmente lucen una personalidad de lujo que sorprende. A esto se le llama gentrificación. Este proceso es en esencia un cambio de identidad urbana, un barrio pobre o popular se convierte en una zona de clase media o alta. Este fenómeno es el contrario al de la pauperización (una zona rica se convierte en pobre), y siempre ha estado presente en las grandes urbes del mundo.

La identificación de la gentrificación como tal es relativamente moderna; se debe a Ruth Glass, cuando en 1964 estudió la transformación de los barrios de Islington y Notting Hill en Londres, Inglaterra, analizando los efectos positivos y negativos de dicho cambio.

La gentrificación se genera a causa de cambios económicos, tecnológicos, sociales o políticos, que modifican las estructuras originales de una ciudad; y por los cambios acelerados que las sociedades actualmente sufren, se ha vuelto particularmente patente.



La Condesa

La gentrificación en algunos casos es muy benéfica, como en los muelles de Nueva York o la isla de los almacenes de Hamburgo. Las áreas ya no fungían como centro de almacenaje y estaban llenas de basura, totalmente abandonadas y vacías. A través de una promoción gubernamental y remodelación urbana, miembros de la clase media —entre ellos de artistas— se empezaron a interesar por la zona y se mudaron a ella. Abrieron galerías, cafés y boutiques, que hicieron la zona mucho más bonita y atractiva, atrayendo a nuevos inversionistas. En la actualidad, ambos puntos se han vuelto referentes turísticos y culturales de esas metrópolis (en Hamburgo, en esa zona, está “La filarmónica del Elba”, que se considera como una de las mejores salas de conciertos del mundo).

Pero cuando la gentrificación se da en zonas pobladas también genera problemas no deseados. El incremento de los precios promueve la venta de predios de los pobladores originales y hace imposible para nuevas generaciones poder adquirir o rentar un inmueble, desplazando a la población original a otras zonas de la ciudad o incluso a otras urbes. Ello puede conllevar también a que se pierdan los elementos culturales y tradicionales que existen.

En el Londres de la revolución industrial, la generación de humo y hollín en las fábricas que se encontraban a las orillas del Tamez, y los vientos que se mueven del noroeste al sudeste, hicieron que la zona del este y sur de la ciudad estuvieran altamente contaminadas, y por lo tanto pobladas por los segmentos de la sociedad más empo-

breceda. La desaparición de las fábricas convirtió a estas zonas en interesantes para las clases media y alta, que buscaban un lugar donde vivir, cercano al centro donde trabajaban, pues las fábricas fueron sustituidas por oficinas. El efecto terminó haciendo que los vecinos originales se desplazaran a las zonas externas de la ciudad o inclusive a otras ciudades de Inglaterra. La zona mejoró, los edificios se renovaron; y en la actualidad inclusive gente de clase media ha sido desplazada, volviéndose una zona fundamentalmente de clase alta o de comercios.

En Berlín, el barrio de Kreuzberg en los ochenta estaba pegado al muro entre las dos Alemanias; por ser una zona cerrada y de conflicto era habitada fundamentalmente por migrantes. En el 2000, el gobierno (del partido socialista SPD, por cierto) requería dinero para los grandes proyectos de la metrópoli, a fin de darle un lucimiento como la nueva gran capital de Alemania; y decidió vender gran parte de los predios que le pertenecía para capitalizarse (algo parecido a lo que pasó en la CDMX cuando AMLO era gobernador de la ciudad). Dos corporaciones inmobiliarias vieron un gran potencial en el lugar (Deutsche Wohnen y Vonovia) y compraron gran parte de los predios. Las rentas controladas se dispararon, expulsando a los vecinos que fueron sustituidos por personas pudientes que buscaban puntos estratégicos céntricos



Madrid contra gentrificación

y bien comunicados, ya sin el muro. La zona se remozó, la calidad de los vecinos originales empeoró (tuvieron que mudarse a la periferia de la ciudad) y muchos de los predios se convirtieron en Airbnb para el creciente turismo.

Un caso más moderno es el de Mallorca. Con 13.4 millones de visitantes en el 2024, se ha convertido en uno de los centros de turismo más importantes de Europa... y del mundo. El valor del terreno en la costa se ha vuelto tan alto, que solo grandes corporaciones del sector turístico pueden adquirirlos. Nuevamente Airbnb permitió que gran parte de los inmue-

bles en los pueblos de la zona del interior se utilicen como pensiones turísticas, haciendo que los residentes originales, en especial los que trabajan en sectores distintos, vendieran. La gente local joven, por los nuevos altos precios no pueden adquirir o rentar un lugar y se ven obligados a abandonar la zona o la isla.

La gentrificación generada por el turismo genera problemas adicionales. Tiende a dismantlar los sistemas económicos antiguos y generan una altísima dependencia a este sector. En Mallorca, hasta 1960, la producción en el sector primario (agro, ganadería y pesca) representaba la parte más importante del PIB (llegó a ser del 40%); actualmente prácticamente ha desaparecido (2% PIB), mientras que el turismo representa el 80% del PIB. Si el turismo desapareciera, la isla entraría en banca rota y es imposible que desarrolle otro tipo de sistema económico en corto plazo. Además, cuando no se establecen mecanismos de regulación (lo que ocurrió al menos al principio en Mallorca), el crecimiento del sector turístico incrementa la polarización de la riqueza. Los arrendatarios de inmuebles o propietarios de servicios rela-



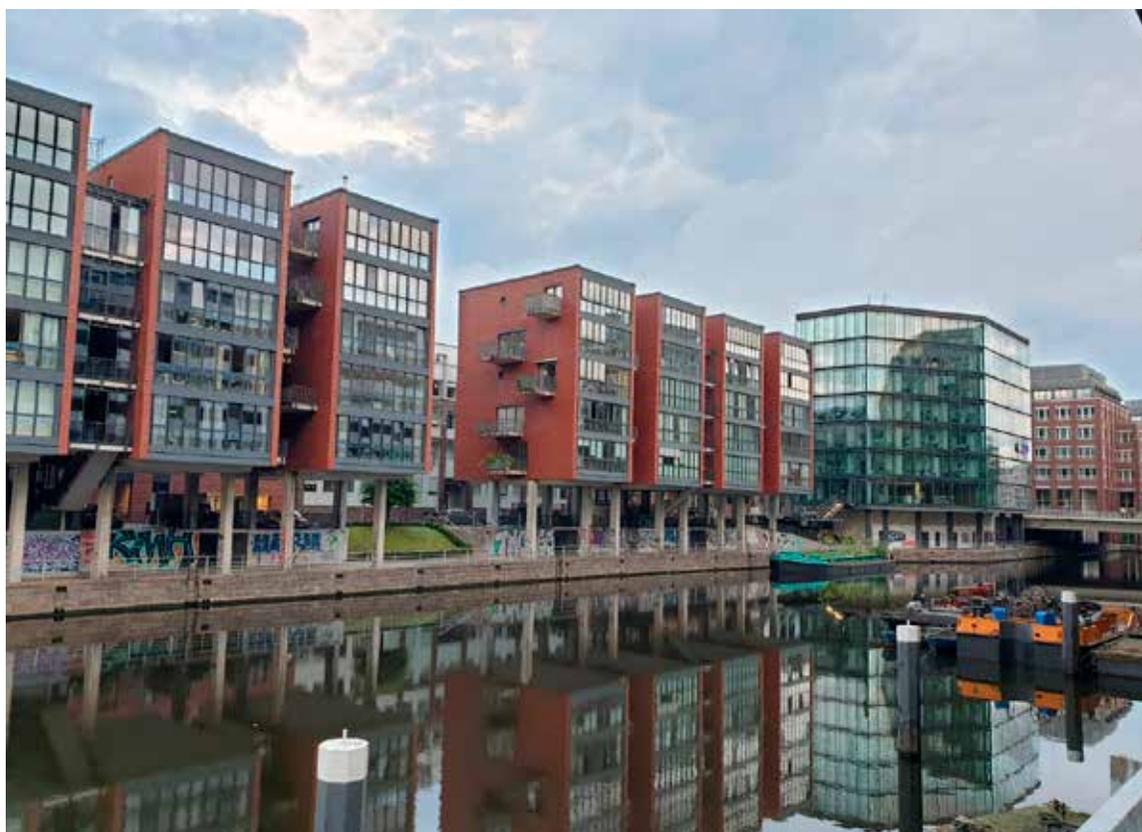
**Turismo de Masas en Mallorca**

que agreden en la calle, peleas, daño al medio ambiente, etcétera) y los precios suben volviéndose prohibitivos para el consumo local. En la época baja, los lugares y ciudades se vacían, tomando un aspecto tétrico, como de pueblos fantasmas. La mayoría de los locales comerciales cierran (a falta de demanda) y se establece una economía de subsistencia.

edificios o departamentos y las manifestaciones convencionales en las calles.

En atención a las demandas, los gobiernos europeos han establecido distintas estrategias para tratar de resolver o reducir estos efectos no deseados. Entre los más exitosos destacan:

- El desarrollo de marcos regulatorios, que limitan la cantidad de inmuebles desti-



**Isla almacenes en hamburgo**

cionados acumulan la mayor cantidad de las ganancias generadas, mientras que los empleados y trabajadores no conexos al sector, son marginados por los bajísimos salarios.

Otro problema es que el turismo tiene ciclos fuertemente definidos. Se genera una sobre demanda en la época alta, en muchos casos con incidentes provocados por la falta de respeto al orden y a las reglas por parte de los turistas (borrachos

La gentrificación, en particular en las últimas décadas, ha provocado numerosas protestas. Las más recientes, en España, relacionadas con el sector turístico, en las ciudades de Barcelona, Madrid, Mallorca, San Sebastián y Granada. Los movimientos tratan de crear sensibilidad política y mundial a través de acciones como “Las pistolas de agua” (con las que mojaban a los turistas), tomas simbólicas de

nados para la renta temporal turística (Airbnb) y el incremento excesivo en el precio de la renta (en esquemas de arrendamiento convencional).

- Creación de áreas de vivienda social (como el que se hizo en Viena), con rentas controladas.
- Cesión de espacios públicos a comunidades (caso de Nápoles), para usos socioculturales, fortalecimiento del tejido social y evitar la especulación.



**Mallorca promoción turismo deportivo**

- Creación de cooperativas de vivienda (caso de Lisboa y Córdoba). Se rehabilitan edificios patrimoniales para uso exclusivo de vivienda local, no turística. Un modelo similar es el que se hace actualmente en Copenhage, Dinamarca (ver artículo “La ciudad del futuro”, Julio 2022).
- Organizaciones de revisión de impacto ciudadano como entidades consultivas de la ciudad, como los observatorios urbanos de París.

- Fomento a la participación de las comunidades y la ciudadanía. De aquí se han derivado muy buenas opciones, en el caso turístico de Mallorca actualmente se está implementando un plan de transformación del turismo que tiene como objetivo el incentivar turismo acíclico

(que viaje a la isla en las épocas bajas), turismo deportivo (con competencias internacionales), culturales (con eventos especiales) y de alto perfil (lujo), que permitan reducir el turismo de masas sin afectar las ganancias generadas por el sector, pero incrementando la protección cultural y ambiental de la isla.

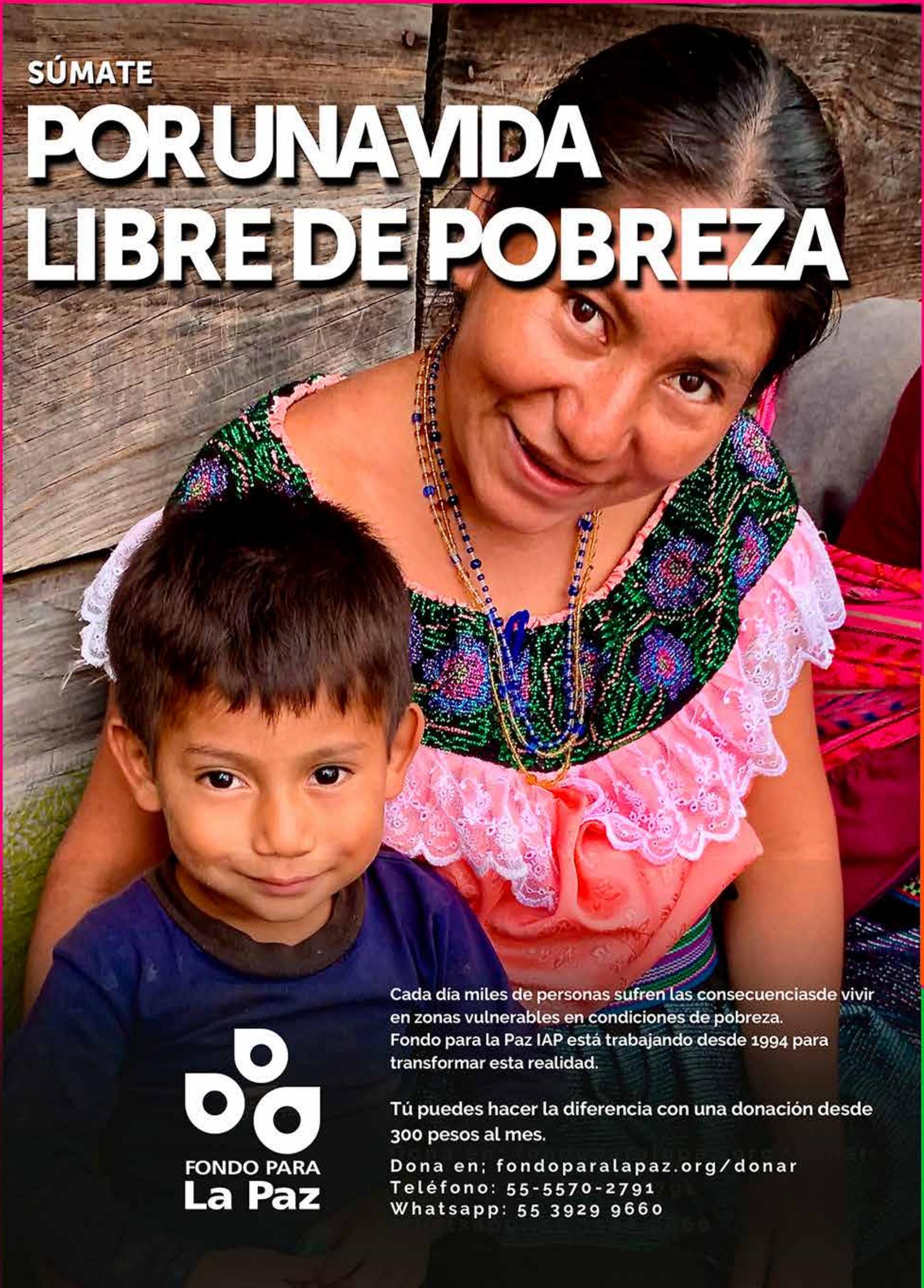
Como se informó en **Libre en el Sur** (“CDMX se cuele al Top 10 mundial...”, 6 Julio 2025), la capital mexicana se está convirtiendo en una de las ciudades más recomendadas para vivir, lo que está generando fuerzas de gentrificación no deseada. Y las protestas ya comenzaron. La realizada el pasado 5 de julio en las colonias Roma y Condesa, a pesar de ser pequeña, resultó un foco rojo de atención para que las autoridades tomen ya medidas para evitar –y atender– los problemas que se empezaban a gestar.

Un crecimiento en extranjeros que vivan de manera temporal o fija en la ciudad o el del turismo, generará grandes beneficios, que siempre son deseables; pero se tienen que establecer sistemas regulatorios para no marginar a la población local, evitar que se destruya el medio ambiente y cultural de un lugar, y para que dicho crecimiento se oriente a un beneficio de las comunidades y una mejora en la infraestructura del lugar.

La gentrificación es uno de los problemas que nuestra ciudad padece y que, por falta de visión o intereses privados, no se está atendiendo de manera eficaz. Por eso vale la pena revisar las estrategias que han mitigado o reducido de manera exitosa el problema en otros lugares del mundo. ▣

SÚMATE

# POR UNA VIDA LIBRE DE POBREZA



Cada día miles de personas sufren las consecuencias de vivir en zonas vulnerables en condiciones de pobreza. Fondo para la Paz IAP está trabajando desde 1994 para transformar esta realidad.

Tú puedes hacer la diferencia con una donación desde 300 pesos al mes.

Dona en; [fondoparalapaz.org/donar](http://fondoparalapaz.org/donar)  
Teléfono: 55-5570-2791  
Whatsapp: 55 3929 9660

  
FONDO PARA  
La Paz



Imagen generada por IA

# Los pueblos que se comió el concreto

**Benito Juárez fue tierra de pueblos originarios. Hoy, torres y rentas altísimas han desdibujado su identidad: vivir aquí cuesta más de 75 mil pesos al mes para una familia promedio.**

STAFF / LIBRE EN EL SUR

**D**urante siglos, lo que hoy conocemos como Benito Juárez no era una demarcación intermedia entre centros comerciales y desarrollos verticales, sino una zona viva de pueblos con nombres en náhuatl, árboles centenarios y tradiciones agrícolas. Allí donde ahora se alzan edificios de departamentos con vigilancia 24/7, hubo milpas, canales de agua y trazos comunitarios que daban identidad a los barrios. Todo eso fue desapareciendo, casi sin dejar rastro, bajo las planchas de concreto.

Uno de los pueblos más antiguos fue Mixcoac, que significa “serpiente de nube”. Su

relevancia histórica fue tal que durante siglos fue considerado una villa independiente, con parroquia, calles empedradas y haciendas. Hoy sobreviven algunos vestigios —la iglesia de Santo Domingo, un par de casonas virreinales—, pero todo lo demás ha sido absorbido por vialidades como Río Mixcoac y los desarrollos que florecieron tras el Bando 2 del año 2000. En esa misma zona también existió San Juan Malinaltongo, cuyo nombre deriva del malinalli, hierba sagrada usada en rituales prehispánicos. Fue un asentamiento pequeño y agrícola, con fuerte vínculo con la zona de Mixcoac, y su nombre fue suprimido paulatinamente hasta desaparecer del habla y de los planos urbanos. Hoy, su memoria apenas sobrevive en documentos antiguos.



Centro comercial de Mitikah

Al oriente de Mixcoac, Santa Cruz Atoyac conserva su iglesia de cantera, escondida entre avenidas como Cuauhtémoc y División del Norte. Fue un pueblo de aguas dulces, conectado por canales al sistema lacustre del Valle de México. El parque de los Venados es uno de los últimos respiros verdes, pero la identidad originaria del pueblo quedó sofocada por las torres que lo rodean y por los flujos vehiculares que cruzan día y noche.

San Lorenzo Xochimanca, el lugar “donde se ofrecen flores”, dio origen a lo que hoy conocemos como Tlacoquemécatl del Valle. Era un pueblo de floricultores, vinculado a los cultivos de la región y a los rituales religiosos que usaban flores como ofrendas. Su parque, con jacarandas, fresnos y nogales, es un oasis entre cafeterías, coworkings y edificios de siete niveles. La iglesia colonial sobrevive, pero lo que fue un barrio de casas bajas y convivencia entre generaciones ha sido desplazado por la lógica de la renta y la plusvalía. Hoy, el caso de

Laureano, un laurel de la India centenaria ubicado en el predio de Miguel Laurent 48, se ha convertido en símbolo de resistencia vecinal frente al avance inmobiliario. El árbol —rodeado de maquinaria y cemento— ha detonado un movimiento ciudadano que reclama más áreas verdes y un parque como legado a los árboles caídos y a quienes los defienden.

Y luego está Xoco, uno de los señoríos más antiguos del valle. Su historia indígena fue desplazada por una nueva escala urbana. El mayor emblema de este desarrollo que ha desdibujado su identidad es la Torre Mitikah, actualmente el rascacielos más alto de la Ciudad de México. A su sombra desaparecieron viviendas, árboles y vínculos comunitarios. El centro comercial y el hospital del IMSS terminaron de sellar la conversión de un pueblo ancestral en una zona de lujo verticalizado.

Así, en menos de medio siglo, se borró de un plumazo una historia que había tardado cientos de años en escribirse.

Vivir en Benito Juárez es, para muchos, sinónimo de movilidad eficiente, acceso a servicios, escuelas privadas cercanas y cierta sensación de seguridad. Pero también es sinónimo de exclusión. Hoy, una familia promedio difícilmente puede sostener una vida estable en esta alcaldía sin ingresos elevados.

Haciendo un cálculo realista y riguroso, una familia compuesta por dos adultos y dos menores en edad escolar que no cuenta con propiedad, necesita al menos 75,000 pesos al mes para vivir con estabilidad en Benito Juárez.

El primer golpe viene con la renta. Un departamento de dos o tres recámaras en colonias como Del Valle, Narvarte, Nochebuena o Xoco tiene un costo mensual que oscila entre los 22,000 y los 30,000 pesos, según plataformas como Inmuebles24, Propiedades.com y Homie (consultadas en julio de 2025). Colonias como Portales, Álamos o Moderna ofrecen precios ligeramente más bajos, pero aun así difíciles de sostener sin ingresos altos.

Si los hijos asisten a escuelas privadas de nivel básico, el gasto mensual en colegiaturas varía entre los 10,000 y 18,000 pesos, dependiendo de la institución. A eso hay que sumar materiales escolares, transporte, cuotas extras y





Si el edificio cobra cuotas de mantenimiento, el gasto sube aún más.

Para movilidad, ya sea con automóvil o con uso intensivo de Uber y transporte público, el gasto mensual ronda entre 3,000 y 4,500 pesos. Y finalmente, si esta familia desea un mínimo de esparcimiento—cine, salidas culturales, parque de diversiones, teatro, talleres para niños— debe destinar al menos 2,000 o 3,000 pesos mensuales.

Todo esto sin contar imprevistos, vacaciones, ahorro, ni el gasto que implica tener adultos mayores a cargo o algún padecimiento crónico.

Así, el total acumulado da un estimado de entre 75,000 y \$90,000 pesos mensuales para vivir en Benito Juárez. Es decir, más de un millón de pesos al año solo para sostener la vida cotidiana.

Este modelo urbano, impulsado por políticas públicas como el Bando 2 y por décadas de permisividad inmobiliaria, construyó una ciudad donde los servicios y los privilegios existen... pero no para todos. Cada torre nueva implica un contrato de exclusión. Y cada renta inalcanzable, un vecino que debe irse.

La ciudad vertical se eleva sobre los cimientos de los pueblos que se comió el concreto.



uniformes, lo que fácilmente puede elevar el rubro educativo a 20,000 mensuales en promedio.

El rubro de alimentación es igualmente exigente. Una despensa semanal para cuatro personas, incluyendo frutas, proteínas, productos de higiene y limpieza, ronda los 5,000 a 6,500 pesos al mes, de acuerdo con monitoreos de Profeco y precios en supermercados locales. Si se incluyen comidas fuera de casa o pedidos por aplicaciones—dos o tres veces por semana— el gasto en alimentos puede superar los 9,000 mensuales.

La salud también impone una carga fuerte en hogares que pagan por su cuenta. Un seguro médico familiar básico, contratado en aseguradoras como AXA, GNP o MetLife, ronda entre los 6,000 y 10,000 pesos al mes, dependiendo de la cobertura. A eso hay que agregar consultas no cubiertas, medicamentos ocasionales y análisis clínicos, lo que suma al menos 2,000 pesos adicionales.

Los servicios básicos del hogar—luz, agua, gas, internet, telefonía— promedian entre 2,000 y 2,800 pesos al mes.



Por Nancy Castro

Escuché su voz desde adentro. No me voy a ir de aquí, aquí nació y aquí voy a morir. Parecía que se había encerrado a cal y canto. Afuera las máquinas taladraban los cimientos de su pueblo. Hacía tiempo que familias habían dejado sus casas, otras al morir y no dejar a nadie de por medio, las propiedades quedaron en manos de las autoridades, quienes han hecho poco a poco una reconstrucción insigne de "Pueblo Mágico".

De los primeros pobladores sólo queda mi abuela Elena. Cuando llegaron a ofrecerle dinero por su casa, les cerró la puerta en las narices. Tiempo después regresaron pero nunca volvió a abrirles. Desde entonces no sale de su casa.

—Abuelita, por favor ábreme.

—¡Entiende!, por qué voy a entregarles mi casa. Aquí nació y aquí voy a morir.

Mi abuela me contaba que cuando era niña recorría cerros hasta llegar a la escuela. Que el sereno y la puesta de Sol le indicaban cuándo debía regresar, que las calles no existían, que sólo había luz de un faro que estaba a la entrada del pueblo, la cual indicaba que ya era de noche porque ya no se veía nada y todos debían meterse.

Solo había unas cuarenta casas, a lo mucho. Me lo contaba mientras se mecía en su silla, y tejía con sus ojos cansados. "Puedo decir que vi crecer todo esto, que ya no queda mucho de lo que era". Yo solo la escuchaba con mis ojos de niña. Cómo se puede recordar con tantos detalles, pensaba.

Y sí, ella vivió la evolución. Del pueblo donde nació ya quedaba muy poco. Lo habían dicho en las noticias, en los discursos municipales: "zona de oportunidad" "rescate urbano" "desarrollo sostenible". "Pueblo Mágico"

En el tiempo de mi abuela la gente se entretenía con lo que se contaba: cuando alguien ya había muerto, nacido o casado. Se entretenían con lo que miraban en el camino: "ya crecieron los ahuehetes, el mezquite hay que podarlo, los encinos van a dar buena madera". Mi abuela, estaba muy orgullosa de que su pueblo diera tan buena madera. Cuando me contaba lo que había antes y señalaba, parecía como si sus dedos tocaran las memorias suspendidas en el aire. Cada movimiento marcaba un sitio invisible. Caminé hacia la ventana y entonces el faro volvía a encenderse y un parpadeo largo, amarillento, dudaba de su propia existencia. Y como si viajase en el tiempo, afuera, las mismas casas desmoronadas, la calle de tierra reseca,

# No me voy a ir de aquí



Foto: Francisco Ortiz Pardo

los alambres colgando de los postes como brazos dormidos. Pero había algo distinto. No sabía qué era. Tal vez el silencio. O el modo en que las sombras se deslizaban, alargadas, como si recordaran también.

Afuera seguían trabajando con sus cascos blancos, con sus planos y su lenguaje de promesas: que conservarían la memoria, que seguirían con el desarrollo y que el proyecto atraería a gente extranjera y por lo tanto el pueblo por fin aparecería en el mapa.

—Abuela... —dije, apenas audible. La madera crujió. No supe si fue su respuesta o el eco de la casa respirando.

—No me voy a ir de aquí. Esta tierra tiene mis huesos y mis partos y si viniste a convencerme, ya te puedes ir yendo.

El muro de su puerta empezó a agrietarse. No como algo que se rompe, sino como algo que quiere volver a ser. Ahora que la oigo detrás de la puerta, entiendo que ella es parte de lo que se niega a ceder. Parte de la grieta.

Lo primero que pusieron fue un hotel lujoso, justo donde jugábamos a la cuerda cuando veníamos de vacaciones. Después le compraron su casa a

den que la casa no es de adobe ni de ladrillos, sino de tiempo. Y el tiempo, cuando se rompe grita.

De pronto, todo paró.

Los trabajadores dejaron de taladrar, el silencio se apoderó del aire como una sábana pesada. No era el silencio del descanso del fin de la jornada. Era otro. Más denso, más hondo. Como si la casa contuviera la respiración.

Se miraban entre ellos sin decir nada. Uno dejó caer el casco. Otro se santiguó, sin disimulo. Y sin una palabra, comenzaron a irse. Uno a uno. Como si algo que no podían explicar les hubiera tocado la espalda. Me quedé parada en la puerta. El piso estaba tibio, algo debajo estaba vivo.

Las luces se apagaron y las sombras se recogieron. La vieja casa de mi abuela se había quedado suspendida entre excavaciones, fachadas remozadas y tiempos atemperados.

*Lo primero que pusieron fue un hotel lujoso. Después le compraron su casa a doña Lupe, en la esquina tenía un pollo donde saltábamos. Ahora hay un café con nombre en inglés.*

Entonces entendí: la casa había decidido defenderse sola. Ya no hacía falta gritar, bastaba con quedarse.

El silencio duró días. Nadie más volvió. Ni los ingenieros, ni los funcionarios con sus carpetas brillantes. Las vallas del proyecto "Pueblo Mágico" se fueron oxidando al sol cubiertas de polvo y hiedras. El pueblo, por primera vez en mucho tiempo, respiraba sin ser observado. Los pocos turistas que quedaban se fueron yendo poco a poco.

Una mañana, encontré la puerta de la casa de mi abuela entreabierta. En su habitación, la mecedora aún se movía, aunque no había nadie. Sobre la cama, un ovillo nuevo, y una nota escrita con letra firme, sin temblor. "Cuando una casa se acuerda de sí misma, nadie puede derrumbarla". No lloré. Agarré el ovillo. Salí al patio y me senté donde ella solía sentarse.

Tomé las agujas. Y empecé a tejer.

Por Rivelino Rueda

Alberto Alfaro ya contabiliza veinte escupitajos en menos de cinco minutos. La plasta biliosa que arroja de sus labios agrietados permanece estampada en el ángulo de la banqueta y el asfalto que forman la esquina de las calles Atenor Salas y Casas Grandes, en la Narvarte. Los zumbidos del desalojo de hace tres horas todavía tienen aturrido al señor de poco más de setenta años.

El anuncio devastador del casero de hace dos meses se cumplió esta mañana. Una renta que había pagado desde hace quince años en nueve mil pesos, ahora es de diecisiete mil.

La insolvencia económica. La impotencia. La rabia. El asalto imprevisto. El forcejeo y los golpes al amanecer. Los gritos. Las súplicas. Los muebles apilados sobre la calle. Diana, su esposa, doblegada de dolor en aquel poste de madera. Las fotografías de todos estos años desperdigadas en un cataclismo de impotencia.

Alberto escupe otra ráfaga de coágulos de espuma ámbar.

Diana no logra sacar la cabeza de entre sus piernas. No puede. Esto es demasiado. Los nuevos vecinos de origen estadounidense, los de los paseillos de todas las mañanas que llevan a sus perros de raza al Parque de Las Américas, pasan de largo. Apenas echan un vistazo al mapa de recuerdos de la familia Alfaro-Zúñiga. Luego comentan algo y se alejan.

Dos pisos arriba un hombre coloca una manta en uno de los balcones del edificio con la leyenda "Se renta departamento. Informes en el teléfono..."

\*\*\*

En septiembre se cumplen seis años de que ese edificio de seis pisos en la esquina de Obrero Mundial y Doctor Andrade envolvió con una sombra eterna la casa de Alfonso Huerta. Ya no hay luz en sus paredes. Ya no hay sol en su azotea. Las plantas se marchitaron. El perro murió. Las descargas eléctricas de frío taladran los esqueletos de más de ochenta años de Don Poncho y de su esposa, originarios de Torreón.

Dos adolescentes de traje negro y corbatas verde bandera recorren puntuales la ruta de todos los días. Los batallones de la inmobiliaria Tecnocasa compiten con los predicadores evangelistas para sumar fieles. Tocan timbres incesantemente, dejan folletos, predicán, recurren a pequeñas trampas para envolver a los incautos.

Y a su paso dejan una estela de sagradas escrituras que saturan las fachadas de edificios, casas, oficinas, terrenos y locales comerciales de la colonia Narvarte...



Foto: Rivelino Rueda

Colonia donde el *art decó*, la arquitectura neocolonial, la cantera rosa, el granito y el mármol han cedido ante los edificios modernos, ante el material barato, las paredes de plafón y los *carteles inmobiliarios*. Donde el 'Pinche Gringo' es un negocio de comida que pronto puede convertirse en grito de protesta o en pancarta.

El taladro permanente. El claveteo de día y de noche. El polvillo del cemento aquí y allá. Los camiones de volteo y el trepidar de las varillas. Dos, tres, cuatro construcciones para edificios departamentales en una misma calle.

Las calzadas que recorrieron los migrantes libaneses durante más de ochenta años. Las banquetas que recorrió un médico argentino llamado Ernesto Guevara de la Serna entre 1955 y 1956, quien hacía sus prácticas en el Hospital General y que vivió en cuartos de azotea en los edificios de Diagonal San Antonio esquina con Anaxágoras

# La Narvarte se escribe con la "v" de "se vende"

"se vende/ se renta/ preventa/ departamentos amueblados/ única oportunidad/ último departamento/ aproveche 450,000 dólares/ ubicación exclusiva/ aquí se construye un Oxxo/ depas con *roof garden*/ excelente ubicación/ se renta cuarto amueblado/ departamento para médicos/ se compran-colchones-tambores-refrigeradores-estufas-hornos de microondas/ se aceptan créditos de Infonavit/ aquí se construye un Seven Eleven/ con dos lugares de estacionamiento/ arrendamiento de cuarto en diez mil pesos al mes/ con lugar de esparcimiento para tus perrhi-

jos/ el panadero con el pan-el panadero con el pan..."

Cristina Herrera rompe el cascarón entre sollozos. Echa al sartén con aceite hirviendo el último huevo estrellado de esta aventura de ocho meses. El local de Xola casi esquina con Mitla cierra en unos minutos. Cierra para siempre. Hoy es triste el olor de ese pan tostado. La canela y los arándanos son incipientes. Este martes el sabor del café es amargo. Es voluble en la lengua, en las encías, en el paladar, en la garganta. Sabe a tristeza.

El mismo comentario que se repite aquí y allá, el que desvencija a todos: "Nos comió la renta. Ya no se puede".

\*\*\*

Barrio de migraciones. De exilios. De palmeras cercenadas. De camellones diáfanos. De pulpos inmobiliarios. Barrio herido por terremotos, epidemias y gentrificaciones. De calzadas indomables y glorietas umbilicales. De taquerías únicas y de restaurantes que ya no pudieron sostenerse. De murales de Juan O'Gorman y de un estadio de béisbol que fue morgue, luego centro comercial.

y de Diagonal San Antonio esquina con Zempoala.

\*\*\*

Todos los "coños", las "pingas" y las "mieladas" salen del cubanísimo balcón hacia la calle. Todas las "conduermas", las "vainas", las "pelotudeces", las "puchas", los "pichingos", los "cámaras", los "te lo lavas", los "chanches", los "chéveres", los "jevas" y los "atatays" revientan a los habaneros Yulian, Mateo y Baltazar, destrozados por la carcajada unánime, por la lengua unificadora, por el diálogo babeliano en suelo chilango.

Son diez o quince *paisas* y *yuntas* que rentan un departamento frente al sitio del desalojo de Alberto y Diana. Sólo así alcanzan a cubrir el coste del arrendamiento. Van y vienen. Son migrantes temporales.

--¿Y a dónde se van, Don Beto?-- pregunta un cubano desde el balcón-tendedero, justo arriba de la tienda de abarrotes "La Crema y Nata".

--No lo sabemos aún, amigo. No lo sabemos. Pero aquí ya no se puede-- responde Alberto Alfaro y lanza tembloroso otro escupitajo.



Foto: Francisco Ortíz Pardo

En la colonia Roma.

### Por Oswaldo Barrera Franco

Hay quienes sostienen que todo cambio es bueno, en la medida que implica la posibilidad de afrontar nuevos retos y desarrollar capacidades que antes no eran requeridas. De hecho, la adaptación a los cambios en nuestro entorno es lo que nos ha permitido habitar prácticamente el planeta entero, con el costo que ello conlleva. A su vez, hay cambios cuyo costo es demasiado alto o que a la larga resultan desproporcionados, porque es mayor lo que se pierde que aquello que se pretende ganar. Cuando esto ocurre, y se refiere a la pérdida no sólo del patrimonio urbano, sino de la cohesión social, tenemos enfrente a un depredador comercial que sólo le interesa el consumo y lo que éste pueda redituarse.

En los últimos años, hemos notado un incremento en lo que algunos podrían considerar como una "invasión" de cier-

tos extranjeros que llegan con dólares, desplantes absurdos y poco o nulo interés por aprender español y las costumbres locales. Así, podemos caminar por distintas calles de la Condesa o la Roma y sentarnos a comer en cafés o restaurantes donde predomina el inglés entre los comensales, y por ende entre el personal que los atiende, con lo que nos sentimos como foráneos en nuestro propio país, al vernos casi obligados a cambiar nuestros platillos tradicionales por versiones más "adecuadas" para otros paladares.

A su vez, es notorio el influjo de otros acentos del español en negocios y edificios donde ahora es común escuchar diferentes ritmos y melodías que se imponen, más que nada por el volumen con el que se reproducen, a la calma que solía reinar en ellos. Puede que esto les dé una atmósfera más entusiasta y alegre, pero no a todo el mundo le puede parecer así, lo que trae consigo otro tipo de conflictos entre "los originales"

# De cambios a cambios

y "los de fuera", lo que también ocurre al revés, cuando somos "los de fuera" quienes demandamos que barrios y pueblos se amolden a nuestros gustos y necesidades.

El contraste de este cambio con otros momentos en los cuales esta ciudad ha sido receptora de migrantes de varias latitudes, como aquellos del Medio Oriente a finales del siglo XIX y comienzos del XX, de la España republicana en los años treinta, del exilio sudamericano en los setenta o de comunidades chinas, japonesas y coreanas en diferentes diásporas, y ahora con la llegada de gente expulsada de países de Centroamérica, el Caribe e incluso África, tiene varias lecturas que hacen más complejo entender el fenómeno actual de la apropiación de espacios por parte de quienes llegan a México por distintas motivaciones.

Por una parte, vemos el desplazamiento de poblaciones originales completas por otras con un mayor poder adquisitivo y, por ello, con un marcado desinterés por lo que su presencia trae consigo, como el cierre de pequeños locales familiares por tiendas o negocios franquiciatarios que son atendidos ya no por habitantes de la población local, o la prolongada, y a veces violenta, expulsión de gente que no puede pagar ya la renta o los servicios de las viviendas que han habitado por generaciones. Esto tiene que ver con el uso indiscriminado de la ciudad como una marca comercial, aprovechada por un mercado inmobiliario devastador y oportunista que hace uso de ella para crear una oferta que rebasa la capacidad monetaria de quienes ya no pueden pagar esas altas rentas o los servicios que conlleva esa plusvalía artificial e inflacionaria promovida por desarrolladores y autoridades.

Por otra, la necesidad de vivienda y servicios por parte de comunidades que han sido expulsadas de sus lugares de origen, tanto en el país como fuera de sus fronteras, y que deben adecuarse a entornos por lo general periféricos o que hacen uso de habitaciones en condiciones precarias y en zonas que carecen de lo básico, es un fenómeno que

ha acompañado a esta ciudad desde hace décadas, pero que hoy es más evidente por el desplazamiento de poblaciones migrantes que han encontrado en Ciudad de México una oportunidad de mejorar aquellas condiciones que los obligaron a salir de sus comunidades de origen, como ha ocurrido con muchas otras que encontraron aquí lo mínimo necesario para prosperar.

---

*¿Por qué la gente debe abandonar sus formas de vida tradicionales para dar lugar a otras que le son ajenas y que nada tienen que ver con lo que le daba identidad a un lugar?*

---

La diversidad siempre será bienvenida. Enaltece y renueva estructuras anquilosadas y fomenta una muy necesaria tolerancia. Aprendemos nuevas costumbres y formas de ver el mundo. Nos abrimos a otras posibilidades y exploramos capacidades y sensaciones distintas, en un intercambio que demanda dar tanto como recibir, y que, si es bien aprovechado, puede llevar a la creación de fuentes de trabajo y nuevos espacios de convivencia.

Este intercambio es el que está ahora entredicho. ¿Se recibe lo mismo que aquello que una comunidad está dispuesta a sacrificar por lo que aparenta ser un cambio para mejorar? Si fuera así, ¿por qué la gente debe abandonar sus formas de vida tradicionales para dar lugar a otras que le son ajenas y que nada tienen que ver con lo que le daba identidad a un lugar? Llegar a una conclusión no es fácil, hay muchos aspectos por considerar, pero lo que no se puede aceptar es la expulsión ni la pérdida de arraigo en una ciudad que siempre ha sido, a pesar de todo, un refugio para quienes lo dejan todo atrás.



GaloCañas/Cuartoscuro

# Y aquel que desgentralizara...

Por Alejandro Ordorica

El término que había permanecido casi en el anonimato --para algunos de quienes lo llegaron a escuchar, por primera vez, igual lo asociaron a un servicio automotriz, un compuesto vitamínico o hasta una condición de la física cuántica-- reapareció ahora no sólo como una moda lingüística, sino como toda una calamidad urbana que ha incluido indebidamente irrupciones xenófobas.

Así, el "Gringo Go Home", que se escuchó como un eco compulsivo en las marchas contra tal fenómeno social, me remontó a las primeras referencias que en la niñez detecté dentro de mi barrio (Santa María la Ribera), vinculadas a la extranjería: al diligente japonés, que nos atendía en la miscelánea de la esquina; al sonriente francés, de la panadería a un par de calles de donde vivíamos; al serio pero amable alemán, que despachaba en la ferretería más cercana; o un poco más lejos, en la Avenida de San Cosme, al hiperactivo y

dialogante español, que era el propietario de la principal zapatería, cuando asistía acompañado por mi madre, al obligado cambio de zapatos o a equiparme con unos rudimentarios tenis marca FARO para la clase de deportes; y aquellos turistas, locales y foráneos, que se hospedaban en el modesto hotel Gilbert, en las calles de Amado Nervo.

De todos ellos, conservo gratos recuerdos, y convencido hoy de que no representaban una amenaza en nuestra colonia, pues eran gente de bien y prestadores de un servicio legítimo, que acabaron por integrarse a la comunidad, y hasta por lo general casaron sus hijos e hijas con los nacidos aquí.

Quiero entonces entender que son otras las causas que distorsionan y afectan a estas zonas bien localizadas, como ocurre con el eje Roma-Condesa-Juárez.

Entre los prolegómenos, que pululan en los medios de comunicación, se

enlistan: omisiones y negligencias setenales, falta de políticas públicas inteligentes, como el Bando 2 de Gobierno de López Obrador; la incontrollable voracidad inmobiliaria, el invasivo AIRBNB, la pérdida identitaria de la localidad y la destrucción de baluartes emblemáticos, lo que me llevó a recordar tantas casonas bellísimas que fueron derruidas o modificadas en sus fachadas, traicionando la estética del paisaje urbano con adefesios estereotipados, a imagen y semejanza de una caja registradora plétórica de ventanales relucientes, de un espejismo sucedáneo de la modernidad.

De hecho, tras de casi cada historia donde ha nacido un fraccionamiento residencial o franjas de apetitosa comercialización, yace un pueblo o la expulsión de los dueños y moradores originales, llámese Mitikah, en Coyoacán, o el Centro Comercial de Santa Fé, en Cuajimalpa, donde a momentos parece que se monta extensivamente en toda la ciudad un réquiem a punta de claxonazos.

*Tras de casi cada historia donde ha nacido un fraccionamiento residencial o franjas de apetitosa comercialización, yace un pueblo o la expulsión de los dueños y moradores originales..*

Otro fenómeno urbano, que incide y se ha omitido con frecuencia, es el de la conformación de las difícilmente gobernables zonas metropolitanas, como la abrumadora ZMVM, conurbando la capital del país con el Estado de México, o a las que se asientan en Guadalajara y Monterrey, replicándose a tal grado en las primeras décadas de nuestro tiempo que "suman ya !92 áreas metropolitanas!, subdivididas en 48 ZM, 22 metrópolis y 22 zonas conurbadas, que abarcan 421 municipios y concentran 82.5 millones de personas"(INEGI), donde lo mismo se especula con la tierra, prevalece el caos urbano, hay saturación demográfica, escasez de agua, transporte deficiente, inseguridad, etc. etc..., sin dar cabida aún al concepto de ciudades medias, de acuerdo a una visión integral de sustentabilidad económica, social, educativa, cultural y de servicios en general.

Soluciones hay, así sean a destiempo, y residen en investigaciones solventes y propuestas sabias, emprendidas por universidades y colegios de profesionales, bien sea el Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad-UNAM, que el Colegio de la Frontera Norte o el CIESAS, en el sur, que entre otras desde hace muchos años, han estudiado, alertado y propuesto a gobernantes, políticos, legisladores y empresarios, esta problemática, sus retos y alternativas orientadas, tanto a la gentrificación como a la desgentrificación, de ida y vuelta.

Y a propósito, qué otro nuevo término pudiera acoger la opinión pública, menos ofensivo que la lumpenización, cuando se erigen conjuntos habitacionales, léase algunos emprendidos por el Infonavit, que no fueron ocupados o los abandonaron sus moradores por falta de servicios y carencias múltiples, y que de por sí disminuyeron la precaria calidad de vida existente, instalando delincuentes e invasores: ¿Una gentrificación al revés?



Foto: Melissa García Meraz.

'Arena'.

# Migrar con el alma

Por Melissa García Meraz

Todos tenemos derecho a migrar. La tierra, las naciones y las fronteras son artificios políticos que nada tienen que ver con lo realmente importante: lo humano. Moverse, mudar, migrar, habitar otros ambientes no debería ser un problema; el ser humano lo ha hecho en incontables ocasiones desde tiempos milenarios.

El problema no es migrar, sino lo que se lleva consigo y lo que se impone al llegar. Hoy, quienes llegan desde Estados Unidos a México cargan su modo de vida, su economía y su poder adquisitivo. Vienen por "ventajas", pero muchas veces sin advertir que su presencia evidencia las tremendas inequidades del país al que llegan.

La gentrificación desplaza porque exacerba desigualdades. La vida en esos lugares ha estado marcada por el colonialismo y la injusticia. La movilidad impuesta borra formas locales de convivencia e impone otras. Pero no todos los ingresos son iguales, ni todos los colores de piel. Y aunque la diversidad es una fortaleza de la especie, el problema surge cuando no te alcanza para la renta porque no ganas en dólares; cuando tu piel es menos "atractiva", o cuando te llaman "prieto" o "gordo" por no parecerse a los estereotipos hegemónicos de belleza.

En realidad, todos somos migrantes. Nadie pertenece a ningún lado. Apenas basta voltear atrás a una o dos generaciones y te darás cuenta de que tu familia no pertenece a tu ciudad, ni a tu

*Aunque la diversidad es una fortaleza de la especie, el problema surge cuando no te alcanza para la renta porque no ganas en dólares.*

barrio. Tu historia es tan corta porque, como todos, nuestros ancestros tuvieron que migrar para encontrar un mejor futuro o aun para poder sobrevivir.

Mi abuela paterna llegó de Oaxaca como efecto de un matrimonio no totalmente deseado; encontró refugio en la ciudad y se convirtió en comerciante. Mi abuela materna vino de Hidalgo, huyendo de un matrimonio infantil para vender fruta en la colonia Doctores. Así se formaron algunos chilangos: escapando, soñando, construyendo vida lejos del origen. La desigualdad fue tejiendo comunidades solidarias, como los grupos de oaxaqueños en Ciudad Neza.

Como mis abuelas, muchas mujeres, con fuertes raíces indígenas, llegaron a la ciudad con una triple discriminación de ser mujer, indígena y pobre pero con ganas de apropiarse de la ciudad, de cuidar a sus hijos, de enviarlos a la universidad.

Así llegan los migrantes pero no todos llegan igual, algunos cargan sus raíces, con su lengua nativa escondida en algunas cuantas palabras que le cantan en las noches a sus hijos o que resguardan para la intimidad del hogar. Pero otros, otros llegan con un color de piel diferente, con dólares o euros, con un gusto por el silencio, por la ropa de diseñador o de textil pero pasada por diseño, como conquistadores con el yelmo o con el capital monetario. En la actualidad, no se conquista con muerte y esclavismo pero se compra el terreno y se echa fuera a otros. Llegan comprando terrenos en las playas, eliminando el paso de los locales, apropiándose de la tierra. A veces, sin darse cuenta, porque sí, la desigualdad se nota, se lleva en el que conduce un auto y lleva consigo el consumo y el valor simbólico de poder costearlo. Sí, porque el humano no migra solo en cuerpo, lo hace con el alma, acompañado de una maleta de elementos culturales que no siempre llevan consigo la igualdad, la equidad y la empatía. Que, en sí mismos, nos alejan de estos valores y nos acercan a la división del que pueda pagarlo, el que no, que sea expulsado de las ciudades.

Por supuesto no todo es negativo, también la gente trae consigo nuevas formas de ver la vida, a veces, una mayor empatía por los animales, un menor consumo de carne o, al menos, una crianza más pacífica para los animales que serán dados en consumo. También abre la posibilidad de conocer nuevos idiomas, nuevas formas de expresión y, con ello, de conocer el mundo de diversas formas, de comerlo en diferentes tonos.

La semana pasada fui a conocer el mar de Oaxaca, una tierra que me llama porque, en el fondo, hace poco que reconocí que no, que no era totalmente de la ciudad de México, que algo o mucho de mi historia se perdió cuando perdí a mis abuelas, cuando en mi casa se dejó de hablar del pueblo, se dejó de hablar sobre el mole amarillito, se dejó de escuchar el metate y se dejó de comer maíz nixtamalizado en casa. Algo se escapó por la ventana cuando mi abuela partió, no fue solo su cuerpo, se fue la historia, se fue una raíz de mí misma que nunca conocí por completo. Que nos fue negada porque pasamos a la ciudad de México y solo reconocer el pueblo en recuerdos y añoranzas. Como se extraña Comala aun sin conocerla.

Ahí en Mazunte, más por la idea de un pueblo mágico, encontré a un perrito hermoso, color arena, sumamente desgastado por el sol, por el hambre, flaco hasta los huesos. Le compré un pescado. Aunque yo misma no lo consumo, entiendo que para él era imperativo comerlo. Su dolor me partió el alma, ¿cómo podía disfrutar la playa o la comida cuando un alma cercana a mí sufría de esa manera? Alrededor hermosas turistas extranjeras bailaban y comían mientras un grupo de meseros locales les acercaba todo tipo de bebidas. Nadie veía al perrito, nadie lo notaba, no era su color, no era su estatura, simplemente sus ojos eran ciegos hacia él. Y sí, ahí se notaba la desigualdad, la falta de bienestar para todos los que habitamos este mundo y que se va intensificando cada vez más y más con la movilidad.

En su cuello había un collar, me marché esperando que alguien estuviera preguntando por él. Y así, fue forzado a ser de los que luchan, los que resisten por sobrevivir en el lugar que alguna vez habitaron y que, ahora, parece no pertenecerles.

Quizá la gentrificación no empieza con un edificio nuevo, sino con la ceguera a quien ya estaba ahí. "¿A quién estamos dejando de ver hoy, en nuestras propias calles?"

# Tres gentrificaciones de la Roma Sur

**Leticia Robles de la Rosa**

Tenía 12 años de edad cuando conocí la colonia Roma Sur. En la esquina de Manzanillo y Tepic hay un edificio que en los setenta estaba habitado por varios extranjeros, la mayoría franceses.

Ahí vivía una familia amiga de mi familia y que en esos años comenzamos a frecuentar más. Yo venía de una colonia popular y la Roma Sur era mi primer contacto con una clase social diferente. Tan diferente que me dejó impresionada la limpieza y el silencio de sus calles. No había el bullicio que era característico en mi colonia de origen, la Michoacana.

Las jardineras bien cuidadas, las casas con fachadas bien pintadas y poca actividad en sus calles, pero que contrastaba con lo que ocurría sólo un par de calles más adelante, en la famosa avenida Insurgentes, que fue para mí como una especie de Quinta Avenida o un Campos Elíseos: el Cine de Las Américas, el Sanborns de la esquina de Quintana Roo; el Woolworth en la esquina con Coahuila y donde me compraron el primer perfume que usé en mi vida: Charlie, que venía en una pequeña bolsa de tela y cuyo pequeño tamaño permitía llevarlo a todos lados.

Me pasaba mucho tiempo contemplando las tiendas de ropa y zapatos. Había casas de diseñadores de vestidos de novia, donde además del vestido elaboraban al gusto de la novia los ramos y los tocados, incluso los zapatos y los detalles que unieran en la vestimenta a la pareja que se casaba. Recuerdo también la panadería La Espiga; en ese tiempo hacía un pastel de fresas tan delicioso que nunca más he vuelto a probar uno similar.

Yo no vivía en la Roma, pero el trozo de colonia que conocía me parecía de otro mundo. Me encantaban sus tiendas de ropa de marca que sólo veía en la televisión o escuchaba en la radio.

Recuerdo también que en un edificio que estaba en la avenida Monterrey, a un costado del mercado Melchor Ocampo, conocido popularmente como el Mercado Medellín, vivía un grupo de haitianos que en su mayoría se dedicaban al mundo del espectáculo.

*Yo no vivía en la Roma, pero el trozo de colonia que conocía me parecía de otro mundo.*

Esa era la Roma Sur que yo conocí y que en septiembre de 1985 vi cómo la destruyó el sismo del 19 de septiembre y, con él, los extranjeros salieron corriendo; abarataron sus propiedades y se fueron horrorizados con el temblor que no sólo cambió las fachadas de las casas o desapareció lugares completos, sino que también modificó la composición social de la colonia.

La salida de tanta gente permitió que otros pudieran comenzar a vivir en ella. Muchos de los predios en esa zona fueron ocupados por consultorios médicos y hasta se construyeron hospitales privados.

Aunque desde los 12 años parte de mis actividades las realicé en la Roma Sur, fue hasta 1994 cuando llegué a vivir en

ella de manera formal, ya sin la presencia de extranjeros que conocí.

Lo hice en una zona que ya no se acercaba en nada a la imagen de la colonia que recordaba de niña. No sólo sus calles dejaron de ser silenciosas, sino que además dejaron de ser visiblemente limpias para mostrar en cada esquina montones de basura de vecinos que no esperaban el camión recogedor y preferían tirar sus desechos en la calle.

Hubo esfuerzos de varios vecinos, sobre todo quienes tenían más años de vivir en esa zona de la Roma Sur, para lograr que esos basureros desaparecieran poco a poco.

Uno estaba en la esquina de Linares y Baja California; otro en Baja California y Ures y uno más, quizá el más grande en Tonalá 312, justo al pie de un árbol; otro más en Huatabampo y Toluca. Por fortuna, comenzaron a desaparecer, aunque todavía se resiste el de Baja California y Ures. Se logró al hacer que el servicio de recolección de basura pasara tres veces sobre la avenida Baja California y dos veces en las entrecalles donde más se formaban los basureros.

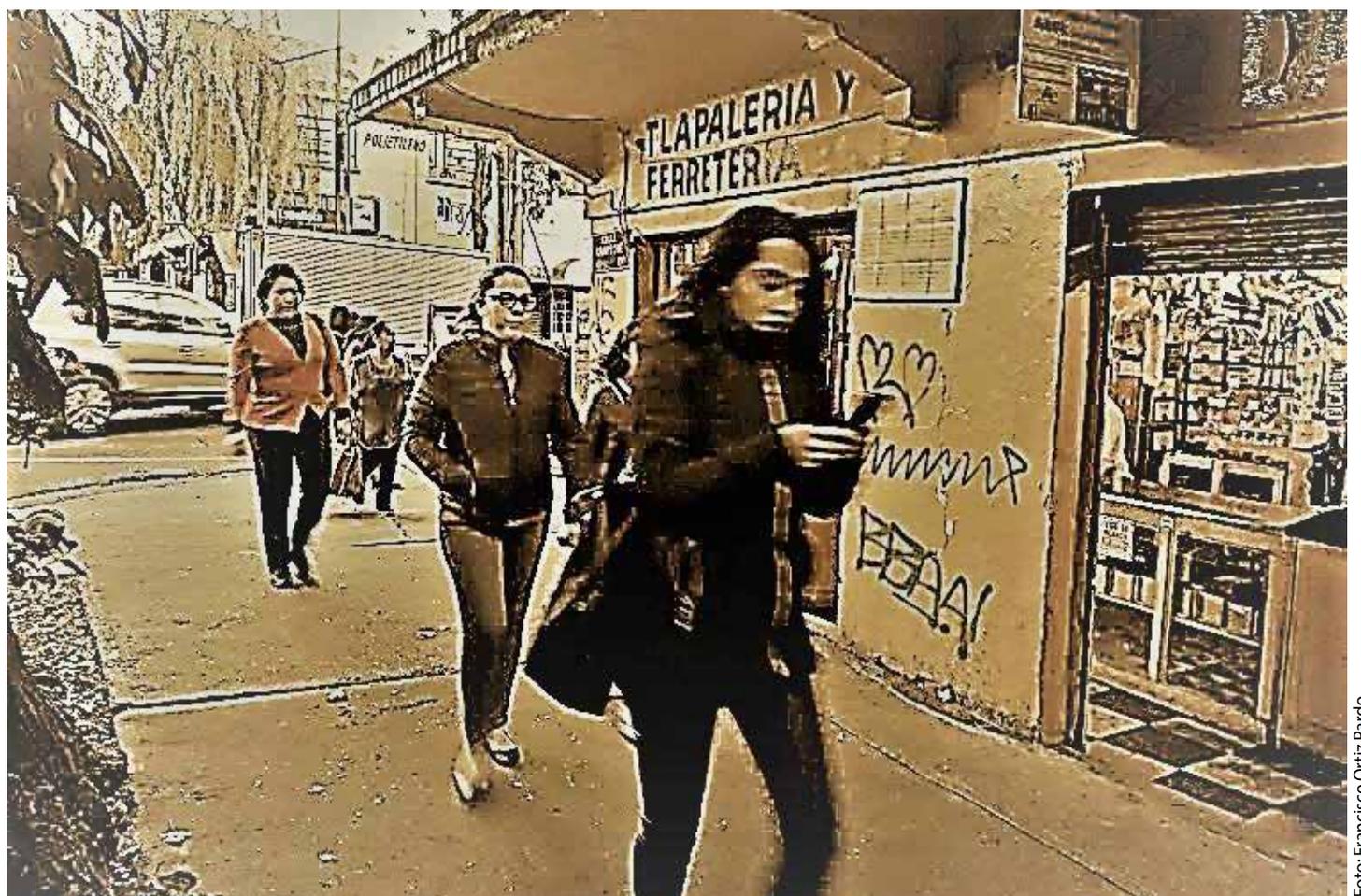
Cada vez fue menos el número de personas que salían a barrer sus calles o incluso a lavar paredes, para eliminar el olor a orines que la creciente población de perros dejaba como sello de un nuevo tipo de familia. La esquina de Aguascalientes y Monterrey llegó a ser por momentos intransitable, por el olor que emanaba, pero que a partir de la pandemia y a la decisión de lavarla de vez en cuando aminoró considerablemente.

Conocí así una gentrificación de la Roma Sur, que pasó de ser una colonia habitada por personas de clase media alta y diferentes comunidades extranjeras, a otra en la que todos éramos mexicanos y de clase media con aspiraciones a mejorar cada día más.

Vi cómo morían personas viejas que no habían regularizado sus herencias y cómo eran invadidas por organizaciones sociales. Vi cómo pasaron años para que los pocos familiares de esas personas que murieron 25 años atrás, recuperaron las propiedades, lograron desalojos y las vendieron de inmediato a inmobiliarias que las convirtieron en modernos edificios.

Y entonces vi otra gentrificación de la Roma Sur. La casa donde viví fue vendida por los jóvenes herederos de una familia que fue de las fundadoras de la colonia, pero que ellos no tenían ni el tiempo ni la gana de mantener inquilinos con rentas que dejaron de ser congeladas, pero que no habían logrado resarcir su devaluación.

Y así dejé de vivir en la Roma Sur.



La Roma Sur.

# La 'otra' gentrificación

Por Francisco Ortiz Pinchetti

*A la memoria de mi inolvidable hermano José Agustín, en el primer aniversario de su partida.*

Supongo que mi familia y yo fuimos víctimas de una gentrificación temprana, cuando el incremento de las rentas en la colonia Cuauhtémoc de la Ciudad de México, allá por los cuarenta y los cincuenta del siglo pasado, nos obligaron a mudarnos tres veces a casas cada vez más pequeñas y finalmente emigrar hasta la entonces lejana Roma Sur para amortiguar parcialmente la carestía.

Sin embargo, me parece más importante referirme aquí a un fenómeno del que más que víctima he sido indignado testigo: le llamo la "gentrificación verde".

Confieso que no me fue fácil encontrar un término más adecuado que ese para describir el desplazamiento infame de las áreas verdes de nuestra capital en aras de un desarrollo inmobiliario voraz. Y atroz.

*"Estamos presenciando una 'gentrificación verde' o 'gentrificación arbórea', donde la naturaleza es la víctima directa del progreso mal entendido..."*

En ese vertiginoso avance de la urbanización, anhelando modernidad y desarrollo, las ciudades a menudo sacrifican su esencia más vital: el verde urbano. Los árboles, que son algo más que silenciosos guardianes que purifican nuestro aire, atemperan nuestras calles y nutren nuestra alma, están siendo desplazados a un ritmo alarmante por un desarrollo inmobiliario acelerado e inconsciente.

Este fenómeno, que va más allá de la simple pérdida de arbolado, se inscribe en una dinámica urbana más compleja y dolorosa: precisamente la gentrificación; pero no solo hablamos del desplazamiento de personas: estamos presenciando una "gentrificación verde" o "gentrificación arbórea", donde la naturaleza es la próxima víctima del progreso mal entendido.

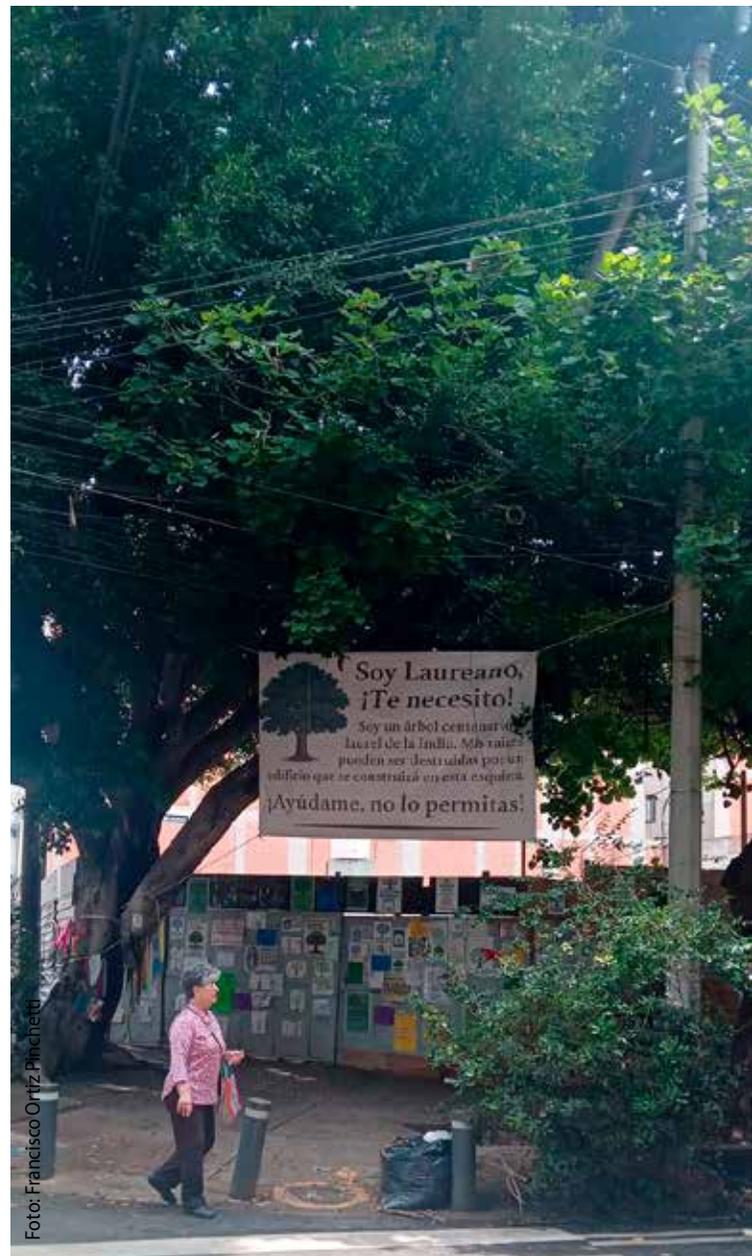
En mi entorno cercano, el tema cobra pertinencia y actualidad con el caso del árbol Laureano, que los vecinos de Tlacoquemécatl del Valle, en la alcaldía capitalina Benito Juárez, han decidido no sólo salvar de la tala, sino dotar de un parque --en el predio en el que se pretende construir un edificio de lujo de cinco niveles--, que preserve sus raíces y se convierta en símbolo de la reivindicación ambiental en una zona particularmente afectada por el Bando Dos de Andrés Manuel López Obrador (emitido en el 2000, cuando era jefe de Gobierno del DF), que promovió la construcción masiva de vivienda de lujo en las entonces delegaciones centrales de la capital, entre ellas Benito Juárez.

Los amigos y defensores de Laureano que quieren que en lugar de otro edificio de lujo haya un área verde, proponen que ésta incluya un huerto urbano y un área de plantas polinizadoras, además de la zona de mero esparcimiento. Esto sería precisamente un ejemplo de preservación ecológica y cultural, antídoto de la "gentrificación verde" de la que hablé antes. Y un precedente de enorme trascendencia, digo.

La propuesta vecinal de hacer un pequeño parque público es además absolutamente coherente con el hecho de que Benito Juárez sufre un grave déficit de áreas verdes. Es la alcaldía de CDMX con menos metros cuadrados de áreas verdes por habitante, con sólo 2.2, lo que representa apenas un 1.5 por ciento de la recomendación de la OMS, fijada en 14 metros cuadrados.

La gentrificación se ha definido tradicionalmente como el proceso de revitalización de un barrio que eleva su valor, atrayendo a nuevos residentes con mayor poder adquisitivo y, consecuentemente, expulsando a los originales. La "gentrificación verde" amplía esta dolorosa narrativa. No se limita a cómo las mejoras en parques y jardines pueden encarecer una zona y desplazar a sus habitantes; va un paso más allá para señalar cómo el desarrollo inmobiliario, en su voracidad por maximizar el espacio y la rentabilidad, erradica directamente la infraestructura verde existente. Aguas.

Imaginemos un barrio como el antiguo pueblo de San Lorenzo Xochimanca (nombre original de la colonia Tlacoquemécatl) con árboles centenarios que ofrecen sombra y un refugio para la fauna local. De repente, una construc-



La defensa del árbol Laureano.

tora adquiere un terreno. Su visión no incluye la conservación de esos árboles; al contrario, los perciben como obstáculos, estorbos. El objetivo es erigir edificios de alta densidad, apartamentos de lujo o centros comerciales, cuyo diseño "moderno" a menudo rechaza la complejidad de un ecosistema maduro.

Los árboles son talados, las áreas verdes son pavimentadas o, en el mejor de los casos, reemplazadas por "parques" minimalistas con especies jóvenes que tardarán décadas en ofrecer los mismos beneficios. Esto es la gentrificación arbórea: el desplazamiento de un ecosistema maduro y funcional por una infraestructura diseñada para una nueva élite, que borra el patrimonio natural y, con él, una parte de la identidad del barrio.

¿Por qué ocurre esta «limpieza» verde? Las razones son múltiples y se entrelazan con las lógicas del mercado y la planificación urbana: Cada metro cuadrado es oro. Un árbol, por más que provea oxígeno y sombra, no genera renta. El imperativo es construir más y

más alto, relegando el espacio verde a un adorno marginal si acaso. Por eso se valen de engaños y muy a menudo de contubernio con las autoridades para quitar esos "estorbos" a su proyecto arquitectónico, en lugar de incorporarlos a él.

Estamos ante un ecocidio, sin más.

Las implicaciones de esta "gentrificación verde" son devastadoras y reverberan en la salud ambiental y social de la ciudad. Menos árboles significan más concreto expuesto al sol, elevando las temperaturas y haciendo las ciudades menos habitables, especialmente para los más vulnerables. Los árboles son los filtros naturales de la ciudad. Su ausencia implica mayor contaminación atmosférica y problemas en la gestión del agua de lluvia, aumentando el riesgo de inundaciones.

Un árbol, especialmente uno antiguo como Laureano, es parte de la historia y la identidad de un barrio. Su desaparición es una amputación a la memoria colectiva y un empobrecimiento cultural.



El muro de Laureano.

Por Jesús Adrián Ruiz

Hace tiempo ya quería contarte esto. No sabía cómo, ni siquiera si tenía sentido. Pero ahora que las raíces del viejo laurel han empezado a levantar otra vez el suelo vivo —ese que algunos quieren cubrir con concreto— entendí que hay historias que no deben quedarse enterradas.

Yo nací en el Hospital 20 de Noviembre, en Félix Cuevas, del lado que todavía es Tlaco. Para mí, Tlacoquemécatl no es una colonia: es la camisa que me puse desde niño, y que nunca me he quitado, aunque ya no viva ahí. Como dicen, uno puede salir del barrio, pero el barrio no sale de uno. Amo Tlaco. Me dio todo, y también me lo quitó. Me expulsó, pero no sin dejarme su marca para siempre.

De niño jugaba en la calle. Corríamos, gritábamos, éramos parte de ese ecosistema de asfalto con olor a bugambilia y pasto húmedo. Y de repente llegaba el periódico, ese que tú hacías. Lo hojeaba sin saber muy bien qué buscaba, pero con la certeza de que ahí había algo importante. Me atrapaba el formato, el diseño, la impresión... y mucho antes de estudiar comunicación visual, ya estabas tú marcando una influencia en mí.

Tus textos me transformaron. Me hicieron dudar de lo que debía aceptar. Dejé de votar, no por apatía, sino porque no quería ser cómplice. Empecé a ver lo mismo que tú denunciabas: que los gobernantes no hacían su trabajo, que la gente parecía resignada, y que la realidad, como las canciones de Chava Flores, no cambiaba con los años.

Así nació la página de Tlacoquemécatl. Porque yo también quería contar lo que pasaba en el parque, en el mercado, en el quiosco. Desde los asaltos en Parque Hundido hasta los pri-

# El niño que volvió a Tlacoquemécatl

*En ese deseo profundo de proteger lo que permanece, fue natural sumarme a la defensa del árbol Laureano. Porque él representa lo que defiende en la vida: las raíces, la historia, la comunidad, la conciencia.*

meros avisos de extorsión. Pero también quería hablar de la feria, de los cohetes, del fútbol con los amigos, de esa fraternidad que a veces solo nace en medio de familias disfuncionales. Quienes no queríamos estar en casa, encontrábamos hogar en el parque.

Desde niño me gustó ayudar. No era una pose: era una necesidad. En mi familia, cuando alguien enfermaba, lo cuidábamos como si lo pusieramos en una silla de oro. Esa psicología del cuidado me marcó: entendí que cuando cuidas a los demás, te descuidas a ti. Y así fui creciendo, con esa tensión. Por eso también he tenido que apren-

der a cuidarme, a reconstruirme todos los días desde hace ya varios años.

Y en ese deseo profundo de proteger lo que permanece, fue natural sumarme a la defensa del árbol Laureano. Porque él representa lo que defiende en la vida: las raíces, la historia, la comunidad, la conciencia. Un árbol no solo da sombra: también nos sostiene espiritualmente, aunque no todos lo vean. Hoy, más que nunca, me mueve estar ahí. Porque siento que, si lo arrancan, arrancan también mi historia.

Y el huerto... el huerto es más que un proyecto. Es una manera de volver a empezar. Tlacoquemécatl fue un rancho, un espacio agrícola, un territorio de flora, de fauna y de siembra. Sus primeras raíces fueron raíces reales. Se cuidaban animales, se cultivaban alimentos. Era tierra fértil antes de que llegara el asfalto. Por eso el huerto que hoy proponemos no es una ocurrencia: es volver a ese origen. Devolverle a la tierra lo que era suyo.

El huerto es memoria y es posibilidad. Es volver a conectar con las plantas, con los insectos, con los ciclos sagrados de la naturaleza. Enseñar a los niños —y recordárselo a los adultos— que hay otra manera de estar en el mundo. Más lenta, más humana, más viva. Y también es refugio. Para quienes no

saben aún cuál es su propósito, para quienes viven ajenos a lo esencial. Hay personas que solo necesitan tocar la tierra para entender por qué están aquí. Y puede que ese lugar se los revele.

Porque uno puede haber crecido entre concreto, pero siempre queda la posibilidad de volver a sembrar. Lo digo con convicción: la tierra me llama. Como niño visual que fui, criado por la televisión, por programas que parecían cursis pero que me inculcaron valores: Carrusel de niños, Papá soltero. Yo era ese que absorbía todo. Ese que veía el mundo y quería corregirlo con una crayola.

Hoy defiende un árbol como quien defiende una infancia. Como quien defiende un parque que le salvó la vida. Como quien entiende que sembrar algo —una planta, una idea, una historia— puede ser la manera más rebelde de amar al prójimo. No es nostalgia, es propósito.

Tlaco significa "lugar de varas". Y me gusta pensar que esas varas, que eran protección y frontera, hoy nos sirven para sembrar otra vez. Aunque me hayan expulsado, aunque ya no viva ahí, Tlaco sigue siendo mi centro. Y defenderlo, de alguna manera, es defenderme a mí mismo.

Gracias por todo lo que sembraste, Paco. Aquí seguimos.

Por Gerardo Galarza

El escritor cree que la “gentrificación” comenzó cuando los humanos que habitaban en las ramas de los árboles y se desplazaban por medio de ellas, decidieron “invadir” las cuevas de los cerros y desplazar a los animales que habitaban en ellas, seguramente por comodidad y seguridad.

Por supuesto, --es obvio, pero hay que escribirlo-- no existía el término “gentrificación”. Es probable y entendible que algunos animales hayan intentado, y hasta logrado, defender sus “viviendas”, que más tarde mostrarían en sus muros las que ahora llamamos “pinturas rupestres” y las consideramos arte, algo así como los adornos y la remodelación de una casa, que sin duda alguna elevaron el “costo” de aquellas viviendas.

Lo que hoy se llama “gentrificación”, creo, siempre ha existido en todos los tiempos, en todas las culturas, en todas poblaciones y en todas las ciudades. Es parte de la migración, que siempre ha tenido diversas formas y modelos, según la época y los lugares. Poner ejemplos históricos resulta aburrido y los intelectuales de alto rango de ahora lo considerarán simplista y aburrido. Y sí, siempre ha habido desplazamientos en polos de desarrollo humano (¡ah, caray!, hasta parezco académico).

El escritor cree que “gentrificación” es hoy un término políticamente correcto, que sociólogos ingleses empezaron a utilizar a principios de los años sesenta del siglo XX, es decir, hace más o menos unos 60 años, para definir los desplazamientos de grupos humanos de sus lugares de residencia, que han ocurrido -por diversas causas, incluyendo las guerras y las conquistas- desde hace miles años.

“Gentrificación” es sólo una palabra, término o concepto que quiere ser “teoría” (social, económica, política, ¿quién sabe?) para llamar de manera “académica” un fenómeno social impulsado por motivos económicos, esencialmente por motivos inmobiliarios.

Y que los habitantes de la CDMX nos sintamos únicos no son las colonias Roma y Condesa los símbolos de la “gentrificación” ni los únicos que han sufrido lo que racistamente se ha dado a llamar -ahí- la “invasión de los pinches gringos”.

Veamos algunas “invasión de los pinches gringos”, a las que en su momento se les pudo llamar “gentrificadores” si la palabrita o el concepto hubieran existido.

Hace varias décadas, cinco o seis, aunque algunos lo ubican luego del fin de la Segunda Guerra Mundial, los “pinches gringos” jubilados decidieron venirse a vivir a México los años que les restaban de vida, a disfrutar de su pensión ganada por su trabajo o, incluso, por la guerra.

Así de rápido hay que decir que hubo, hay, por lo menos tres ciudades de gran “gentrificación” de esos “pinches gringos”: San Miguel de Allende, Guanajuato; Ajijic, Jalisco, y, más tarde, Los Cabos, Baja California Sur.



San Miguel Allende

Foto: Especial

## SALDOS Y NOVEDADES

# ¿Gentri... qué?

No conozco de cerca los casos de Ajijic (está junto al Lago de Chapala, para que no sufra entrando a Google) y de Los Cabos, en donde sólo he estado de paso o de vacaciones, pero no me parecieran ciudades anormales; y, al contrario de lo que cree, me habría gustado vivir en ellas.

A San Miguel de Allende lo conocí desde niño y cuando arreciaba la “invasión de los “pinches gringos” jubilados. Durante la secundaria y la preparatoria añore ir a estudiar inglés al Instituto Allende, por-

que, se decía, era la mejor escuela para aprender ese idioma. Y no, no llegué a odiar a ninguno de los que sí lo lograron.

Por supuesto que los “pinches gringos” se convirtieron en vecinos privilegiados de San Miguel de Allende (sus dólares se lo permitían y se lo permiten) y, seguramente también de Ajijic y Los Cabos, como no lo habrían sido en ninguna ciudad de su país. Tal vez los guanajuatenses estemos acostumbrados a los efectos de los dólares en nuestra economía local, porque

también han llegado y llegan a través de nuestros migrantes “autóctonos”

¿Los migrantes mexicanos han ido, en sentido contrario y sólo por preguntar, a “desgentrificar”, ciudades y condados estadounidenses? ¿Hablar en español, imponer fiestas, tradiciones y comidas en, digamos para no joder, en el sur de Estados Unidos es una forma de “gentrificar”? ¿Los “mojados” desplazan a los nativos estadounidense de sus empleos y de sus condados? Vaya usted a saber lo que dicen los políticamente correctos, aunque lo puede imaginar: será un discurso populista como el de ante los hechos violentos en las colonias Condesa y Roma de la Ciudad de México.

La migración, en cualesquiera de sus formas y en cualesquiera de sus orígenes, es una actividad de los humanos desde antes que fueran humanos. Ni modo. Ya se olvidó el bonito discurso aquel de borrar las fronteras. Bueno, bueno, no es para tanto; hay que defender a nuestros pueblos “originarios” o lo que eso signifique.

¿Los manifestantes “antigentrificadores” de la Condesa y la Roma de los días recientes realmente son personas desplazadas de esas colonias? No lo parecen. Más bien se asemejan o son iguales a aquellos que desde hace 15 o 20 años aparecen en las manifestaciones vestidos de negro y encapuchados para provocar violencia y destrozos. Nunca ninguno de ellos y ellas -ya me estoy volviendo políticamente correcto- han sido detenidos,



Moisés Pablo / Cuartoscuro

vamos ni siquiera identificados. Sirven a alguien. No está por demás especular que es a la derecha, disfrazada de izquierda (si es que realmente todavía existen esas categorías), que gobierna la CDMX desde hace 28 años.

La “gentrificación” reciente de las colonias citadas comenzó luego del terremoto de 1985 cuando quedaron parcialmente destruidas y llegó el boom de los restaurantes. “La Fondesa” le llamaban a La Condesa y no había gringos, sino meseros argentinos. ¿Ya se les olvidó? Y mucho antes, se “desplazó” al Hipódromo (hoy Avenida Ámsterdam) y a quienes vivían de él.

Tal vez los nuevos gobernantes de la CDMX (¿también “gentrificadores”?) buscan la “iztapalización” de esa zona de la capital del país para fundar dos o tres “Utopías” y dejar su marca (impronta, en lenguaje moderno).

Por supuesto que la “gentrificación” y sus efectos sociales y económicos son graves y visibles, no es algo simplista, como lo es este escrito, pero para resolverlos están los gobernantes, quienes cobran su salario de los impuestos que pagamos todos.

Este escritor y su mujer, -sí, de su propiedad como él era de la propiedad de ella-, vivieron, sufrieron la “gentrificación” en “nuestra” Colonia del Valle, precisamente en 1985, poco antes del terremoto de aquel año:

En ese entonces, la propietaria (que tenía innumerables propiedades inmuebles por toda la ciudad, incluyendo el Teatro Blanquita) del edificio de Avenida Coyoacán, entre Concepción Beistegui y Eugenia, que rentábamos decidió, con todo derecho, porque era de ella, venderlo y convertirlo en condominio. Así, una agencia inmobiliaria nos lo anunció y nos hizo sentir privilegiados: teníamos derecho a optar por comprar o, en caso de no aceptar nos respetarían nuestro contrato, y luego tendríamos seis meses para desalojar aquel departamento, sin pagar la renta, y si desalojábamos antes, las mensualidades restantes nos serían pagadas a nosotros.

Su mujer y el escritor, nótese el orden gramatical, hicieron cuentas y pos’ no, no

les salían; sólo contaban con sus salarios. Entonces, recorrimos la Del Valle y colonias aledañas y no encontramos ningún departamento por la renta que pagábamos.

Sonia Elizabet siguió haciendo cuentas de nuestros centavos. Y dictaminó: pagar por una hipoteca es casi igual que pagar una nueva renta. Ah, vale. Y entonces comenzó una nueva aventura: conseguir un departamento con una hipoteca que se ajustara a nuestro presupuesto. Lo consiguió, aunque tuvimos que irnos hasta Coapa; Rincón de Coapa se llama la colonia, allá cerca de por la UAM-Xochimilco. Fuimos “víctimas” de la “gentrificación” cuando en la CDMX no existía el concepto de la “gentrificación”.

El primer obstáculo fue tener referencias de crédito para conseguir un crédito hipotecario y no las teníamos porque no le debíamos a nadie. El asesor crediticio hizo gestos, pero entonces nos recomendó contratar tarjetas de crédito para subsanar nuestra ausencia de deudas. Y nos dimos cuenta de que esas tarjetas nos salvarían para llegar al fin de la quincena, para comprar alimentos en el supermercado para nosotros y, sobre todo, para nuestra pequeña hija de tres años, quien nada sabía de problemas “gentrificadores”.

“Desplazados” -se diría ahora en lenguaje “gentrificador”- vivimos felices ocho años en aquel departamento, hasta que llegó una oferta para venderlo.

Aquella venta, sirvió de impulso, gracias a las cuentas y audacia de Sonia Elizabet, para a través de otro crédito comprar entonces una casa en las cercanías de la colonia del Valle, de nuestro trabajo y las es-

*¿Hablar en español,  
imponer fiestas, tradiciones  
y comidas en, digamos  
para no joder, en el sur  
de Estados Unidos es una  
forma de “gentrificar”?*



En la Roma.

Foto: Especial X



En la Condesa.

Foto: Francisco Ortiz Pardo

cuelas de las hijas, propiedad conservada desde hace más de 30 años en una colonia que no ha sido “gentrificada” porque sus vecinos la mantienen viva y actuante, social y económicamente todos los días.

Entre paréntesis, el escritor debe contar que (San Miguel de Allende -ignoro la situación de Ajijic y Los Cabos-, ha sido considerada por los prestadores de servicios, por segundo año consecutivo, como la mejor ciudad para el turismo mundial. Y sí, sí hay restaurantes con menús bilingües, me consta, algunos de ellos sucursales de los de la Condesa y la Roma, pero también mercados populares de productos caseros, artesanías, gastronomía, fondas y puestos callejeros de gorditas, enchiladas, tacos y aguas frescas, chocolates o esquimos, muy mexicanos y guanajuatenses, tiendas, agencias de viajes, bares, galerías, hoteles, taxistas, y demás prestadores de servicios que atienden a

sus clientes, aunque sea en spaninglés o, como se dice acá, inglés champurrado y sus pobladores que no han perdido su identidad, pese a que viven en su ciudad “gentrificada”).

De lo que no se habla porque no es políticamente correcto hacerlo es de lo que se define como “gentrificación a la inversa”, es decir el desplazamiento, el desalojo de los pobladores de colonias y barrios clasemedios y algunos de mayor nivel económico, social y cultural por la “llegada” de fenómenos como el ambulante, la informalidad laboral, la inseguridad, la criminalidad y su impunidad, en los que tienen mucha responsabilidad los gobiernos correspondientes, y en la CDMX hay muchos más ejemplos de los que causan protestas violentas. A este fenómeno social en la capital de nuestro país los académicos bien prodrían llamarle “iztapalización”.

Por Ivonne Melgar

Como el buen escrutador que ha sido de nuestras fintas y netas colectivas, mi querido amigo Joel Ortega Juárez piensa, así me lo ha dicho, que tengo una visión idílica de mi llegada a México.

Desentrañando las contradicciones que nos definen, este hombre libertario y amante de los gatos cree que he pecado de ingenuidad contando de una anfitriona generosidad mexicana que tiene sus bemoles.

Y ahora que me acerco al sexto piso de la vida y atestigué, incrédula, la rabia que se desborda contra la CD-MX, por expulsora y "gentrificada", las dudas de Joel toman su camino para atemperar mis recuerdos.

Somos la infancia que padecemos, dicen lo que saben, pero también la pubertad y la juventud que sobrevivimos, agregó. Y es ahí donde cuenta nuestro apresurado y feliz ingreso a la Secundaria Técnica #17.

Llegamos en el frío noviembre de 1978, aprendiendo a usar ropa térmica, a mi se me reventó la piel de las mejillas y las piernas al experimentar temperaturas desconocidas que nunca logré asimilar sin abrigo.

# "Te invito a tu casa"

La tristeza de haber abandonado nuestra cotidianidad salvadoreña, incluidos los amigos de la colonia, se esfumó con el descubrimiento de las novedades que nos compartían nuestros compañeros.

Por supuesto que, en reconocimiento de los matices que pide mi querido Joel Ortega Juárez, también hubo burla por la manera en que hablábamos o por la manera en nombrábamos algo.

Mi hermana Gilda y yo éramos malas para los deportes y no se diga para el vóley que se jugaba en el descanso y nuestra imposibilidad para rebotar la bola era un recurrente motivo de pitorreo.

Pero esas incomodidades se pierden en el mural de la hospitalidad reci-

bida. Nos llovían las invitaciones a comer, a reuniones familiares y qué decir de las posadas cuando llegó la navidad del 79.

La relevancia de la fiesta, el esmero en los platillos y el desbordado despliegue de atenciones cuando éramos invitadas a la casa de algún compañero resultaban experiencias nuevas y me deslumbraron.

Entendí que aquel empeño en hacernos sentir el lema de la época de "esta es tu casa", "acomódate, estás en tu casa" no tenía qué ver con el nivel de ingresos ni de estudios, sino que se trataba de una actitud.

Abracé aquella forma de ser disfrutando las residencias del Coyoacán tradicional, los departamentos del FOVISSTE en Miramontes o los dúplex de la Unidad Independencia que me parecieron fantásticos.

Me fascinó la sencillez y el orgullo que cada una de las personas que nos invitaban a su casa tenían de ese espacio construido con el esfuerzo de sus padres, en varios casos sólo de la madre.

Fuimos a celebrar cumpleaños con familias que se encontraba hacindas en un cuatro, en calles sin asfalto de la hoy urbanizada Avenida de

las Torres, aledaña al barrio de Los Reyes.

Y al festejo por la entrega de las escrituras notariadas en la Colonia San Pedro Tepetlapa, donde las señoras ofrecían un banquete de mole con gratitud al licenciado que había llevado las gestiones.

Me encantó la manera en que los que tenían chofer y los que eran hijos de conductores vivían su propia abundancia cuando se llegaba la hora de compartir, mostrando sin reservas sus espacios.

Y vaya que siento nostalgia de ese Distrito Federal que nos cobijó cuando no sabíamos que éramos unas niñas migrantes, denominación que después sería generalizada para quienes se establecen en otro país.



Foto: Moisés Pablo / Cuartoscuro

Porque me gustó sentirme querida, aceptada e incluso entender que esa carrilla fronteriza con el bullying era parte de los códigos de la convivencia mexicana y que más me valía aprender a defenderme.

Encontrar un lugar en el escenario de la secundaria, el CCH y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM implicó transitar de la extranjería a una identidad asimilada.

Y de nueva cuenta en el bachillerato y en la licenciatura disfrutamos la republicana vivencia de fundirnos entre los amigos, sin importar nuestras procedencias ni el decil socioeconómico al que pertenecían nuestros hogares.

Armando los trabajos en equipo -porque fui de esa generación que se tomaba en serio el reparto de tareas y la redacción entre todos- amanecimos en salas o recámaras de colonias residenciales, barrios periféricos, unidades habitacionales y casas a medio construir en el estado de México.

Como extraña, extranjera, migrante, nacionalizada mexicana, fui de esa generación a la que alguna vez le tocó quedarse en blanco, confundida, ante la propuesta de "te invito a tu casa".

¿A mi casa? Ah. Sí, a tu casa que me dices que es mía para que cuando esté ahí me sienta cómoda, tranquila, sin sobre saltos, apapachada, y me la pase contenta, gozando el privilegio de compartir.

Sé que muchas tormentas han pasado desde aquellos años en que nos enorgullecíamos de defender el carácter público, gratuito, laico y republicano de nuestras instituciones educativas.

Y sé -pero vaya que me cuesta digerirlo- que la ira libera cual motor que empuja inevitables cambios de época y que de eso se trata el grito de "mi casa no es tu casa" que coreaban los jóvenes contra la gentrificación.

---

*Como extraña, extranjera, migrante, nacionalizada mexicana, fui de esa generación a la que alguna vez me tocó quedarme en blanco, confundida, ante la propuesta de "te invito a tu casa".*

---

Es una ola que logra sacudirme esa visión idílica de la niña migrante, sustituyéndola por esta sensación de una vieja ajena a los códigos donde la rabia se considera indispensable para crear comunidad.

Y eso es lo que llamo la gentrificación emocional, ese ir siendo expulsada de la normalidad del enojo, la confrontación, el reclamo, esa lucha de clases de manual de bolsillo de la que creí haber huido.

# Gentrificación flotante

Por Francisco Ortiz Pardo

Suena lindo: una calzada flotante sobre una arteria que ya existía en tiempos de Tenochtitlan. Espacios verdes para caminar o andar en bici. Una utopía elevada sobre el caos de Tlalpan, esa columna vertebral que nunca aprendió a convivir con los peatones. Todo luce bien, al menos en el render, donde las ciudades se presentan como vitrinas para el espectáculo y no para sus habitantes cotidianos. Y es que Ciudad de México será una de las sedes del Mundial de 2026, aunque solo como anfitriona parcial (solo cinco partidos, el más importante el inaugural), compartiendo el privilegio con Estados Unidos y Canadá. Aun así, basta el espejismo para desatar megaproyectos con promesas de infraestructura.

Tlalpan fue originalmente una de las tres grandes calzadas que salían de Tenochtitlan, trazadas por los mexicas para conectar la ciudad con la ribera del lago. Era una vía ceremonial, hidráulica y urbana al mismo tiempo, que en su trazado completo abarca alrededor de 18 kilómetros desde el Centro histórico hasta la salida a las carreteras a Cuernavaca. Esa longitud monumental se reduce a un eje sobrecargado de autos, pero los renders imaginan un oasis verde suspendido sobre el asfalto.

Aunque se planea que algún día llegue hasta Taxqueña, la primera etapa de la calzada flotante comprende apenas 1.5 kilómetros, de Tlaxcoaque a Chabacano. Se anuncian jardines elevados, bancas, ciclovías, paneles solares y barandales transparentes. En las maquetas muestran árboles frondosos flotando sobre el asfalto, como si la ciudad no enfrentara sequía, contaminación ni caos inmobiliario. También se intervendrán bajopuentes, se iluminará la calzada, habrá una ciclovía "Gran Tenochtitlán" y mejoras rumbo al Estadio Azteca.

Lo que no flota es el presupuesto. Más de veinte mil millones de pesos serán invertidos en esta ciudad para ponerse guapa con motivo del Mundial: más de mil quinientos millones para remozar el Estadio Azteca y sus alrededores, siete mil para obras de movilidad y otros trece mil quinientos que, bajo el amplio paraguas de "infraestructura pública", terminan repartidos entre repavimentaciones, alumbrado, ornato urbano, rescates selectivos y, por supuesto, la célebre calzada flotante.



Foto: Especial

*Lo verdaderamente inconcebible es que, en tiempos de depredación ambiental y explosión inmobiliaria, sigan proponiéndose obras de relumbrón para lucimiento personal.*

De todo ese gasto monumental, una parte corresponde a la construcción de apenas kilómetro y medio —sí, 1.5 km— de ese andador elevado. Solo esa primera etapa costará, según cifras oficiales, más de 688 millones de pesos: 659 millones para el diseño integral y casi 30 millones más para la supervisión del proyecto. Una postal verde para turistas en tránsito. Un gesto de modernidad que flota sobre una ciudad que sigue hundándose. No se ha hecho público cuánto costará por metro lineal esa elevación estética, pero el conjunto entero ya se perfila como una inversión millonaria por una franja mínima. Una estructura diseñada no para servir a los habitantes de las colonias aledañas a la avenida, sino para verse bien en los folletos del torneo.

El problema es que, una vez más, no

hay una visión integral de ciudad. Son proyectos de coyuntura, fuegos artificiales del calendario electoral. Y en esa paradoja se mueve Clara Brugada. "¡Qué inoportunos!", pensará, cuando los vecinos protestan contra la gentrificación, justo cuando su calzada flotante está lista para estimularla. Ella debe justificar que su gobierno no la impulsa. La culpa, dice, es de Airbnb o de rentas elevadas en colonias que se encarecieron solas. Nada que ver con la gentrificación real: la que avanza por Álamos, Portales, Niños Héroes, la Postal, la Doctores y la franja oriental del Centro Histórico. Porque proyectos así alientan la especulación inmobiliaria, que expulsa a los habitantes originales al elevar precios y servicios. Pero si flota, ¿a quién le importa lo que arrastre la corriente?

Se trata justamente de lo contrario a lo que se debe hacer: estimular que se queden en el lugar sus habitantes, sin sacrificar inversiones pero incluyendo a la población originaria y sus costumbres en ellas. No se piensa en rescatar zonas verdaderamente deterioradas donde caen edificios. Basta mirar entre Bellas Artes y Garibaldi: la colonia Guerrero, el abandonado Teatro Blanquita, los callejones que van de Catedral a La Lagunilla. Ahí reina la desolación, el hedor, la ruina.

En el perímetro A del Centro Histórico viven 29,218 personas repartidas en 9,647 viviendas. Dentro de toda el área patrimonial hay 78 plazas y jardines catalogados. Sin embargo, no hay datos públicos recientes que permitan calcular la superficie exacta de esas áreas verdes en ese perímetro; se sabe que, a nivel ciudad, solo 3% del territorio de la demarcación Cuauhtémoc (que incluye el Centro) corresponde a parques y jardines urbanos y vecinales.

Ese modesto porcentaje da un promedio de aproximadamente 2.3 metros cuadrados de áreas verdes por habitante en esa zona. En contraste, la superficie promedio de áreas verdes por habitante en toda Ciudad de México es de 7.54 metros cuadrados. La Organización Mundial de la Salud recomienda entre 12 y 16 metros cuadrados por habitante, idealmente más de 50 metros cuadrados... para el bienestar pleno. En resumen: mientras que a nivel ciudad apenas alcanzamos la mitad de lo recomendado, en el Centro Histórico ese indicador cae a casi un quinto. Las plazas patrimoniales no compensan la carencia de parques funcionales. Ni rescatar microvillas convoca la infraestructura verde que hace falta entre el polvo y los escombros.

Desde la primera gran gentrificación —la Conquista de 1521— nadie ha podido evitar los flujos migratorios ni los cambios en la ocupación del suelo. El imperio azteca surgió también de una migración: los mexicas fueron los extranjeros de entonces, desplazados que hallaron dónde asentarse y fundaron un imperio. Las ciudades son organismos vivos y cambiantes. Pero lo verdaderamente inconcebible es que, en tiempos de depredación ambiental y explosión inmobiliaria, sigan proponiéndose obras de relumbrón para lucimiento personal, que no mejoran la calidad de vida en esta ciudad con historia y cultura inmensa, pero también con una increíble capacidad de sobrevivir en medio del desastre al que parece que nos hemos resignado.

Por Luis Mac Gregor Arroyo

—¿Eh? ¿Cómo dices? – Digo en voz alta mientras camino por la avenida.

En las últimas semanas me ha dado por responder en voz alta. He acabado con Dios pero aun así los percances siguen y... no me los puedo quitar. Qué más daría por extirparlos de mi cuerpo y qué mejor de mi cabeza. De seguro quien me escuchara diría que es una enfermedad mental, pero no es así. Es vil y descarada brujería del más alto calibre tan, pero tan alta, que tal vez debería convertirme un santo impoluto para poder librarme de ella y ese es uno de mis más grandes problemas... Ser santo no me va. Es deseable como lo es para muchas personas. Pero como es y cómo está la sociedad en el siglo XXI es casi imposible serlo.

Veo a mi alrededor y veo puros arcoíris de la inclusión, pero son tantos que me imagino que pronto saldrán aquellos quienes han de considerar que salir del closet para ser heterosexual es la opción... Ojalá no tarden en salir y no soy homofóbico, como un amigo de cabello largo me lo echara en cara alguna vez. Simplemente no pongo mi foco en lo que no estoy, que es diferente. En fin, sigo mi camino.

—¡Te estoy diciendo que ahora debes apurarte o llegarás tarde! –Sí, alguien me estaba hablando en la cabeza y no era un ángel y tampoco un demonio, sino una bruta que me acabó por meter en un problemón por no ser tranquilo. Me pregunto cuántos serán tranquilos hoy en día. Bueno, eso no es relevante, el hecho es que le estoy haciendo caso a alguien que no veo en años y que vive a medio país de distancia de mí. Y no, no me cae bien, pero no la puedo retirar de mi cabeza. El hecho es que después de matar a Dios la pesadilla sigue y no pinta bien. La realidad es que ser un santo, de verdad, es algo que dicen que sólo Dios, porque él es perfecto.

¡Qué más da! Llegué a mi cita. Encontré a Laura sentada en una banca de la barra del Cine Mexicano. Una sala de cine de arte ubicada en el centro de la ciudad. Sí, ahí estaba con falda medio corta, su cabello rizado y una sonrisa de lado a lado del rostro. Sí, siempre es mejor lo real a lo imaginario. Cómo olvidar de la mejor manera esa voz entrometida en mi coco que viendo algo lindo y digno, real. Bueno a amar.

La reunión con Laura duró unas cinco horas: de una cervecita, a ver una peli-

*Siempre es mejor lo real a lo imaginario. Cómo olvidar de la mejor manera esa voz entrometida en mi coco que viendo algo lindo y digno, real.*

# Walkie Talkie



Fotografía de Tima Miroschnichenko en Pexels.

culita, a dar un recorridito por el centro de la ciudad –todo con los respectivos apapachos– hasta que finalmente llegó la hora de la despedida.

—¿Quién te crees que eres? –Me reprimió la voz en mi cabeza. El hecho es que la interlocutora es una psicópata que sólo podía andar fregando para atrapar al incauto –o sea yo– sin siquiera haber intercambiado teléfonos. La actitud de la chica de la voz no me convencía en lo más mínimo. Si no hay nada como eso que de la vista nace el amor, y no de la imaginación, pues uno acaba enamorándose de una piedra.

Mientras voy al Metrobús, me pregunto cuanta gente se cuestiona “y bueno, qué es estar sin Dios”. Pues no es cosa del otro mundo. Sin embargo, no hay que estar desesperados mientras se espera que el Todopoderoso se digne a concederle algún favor a uno. Uno se

los proporciona y aprende a andar por la vida sin él.

—¡Me escuchas! ¡Te estoy hablando! –Así andaba la histérica de la enferma mental que disque me ayuda contra los brujos mayores que están tras mis huesos. Que, ciertamente, yo no tengo nada que ver con ellos.

Voy ya por el Metrobús y me pongo sesudo a pensar... Necesito pruebas sobre todo lo que me está pasando. Alguien debe saber o tener capacidad para decirme qué está sucediendo... Sí, hay que ir con un brujo cabrón para que me diga algo, porque los padrecitos de la Iglesia no salen de que Dios, con sólo tener un poco de fe en él, mueve montañas, y eso no me ha servido de mucho.

El Metrobús se detiene en la estación Infierno. Tal vez ahí tengo mi respuesta

y como dice una canción de AC/DC “I am going to the promised land”, probablemente; pero sólo pido flexibilidad y libertad. Tal vez no estoy deseando ni el Cielo ni el Infierno. Sólo quiero un poco de serenidad interior.

¿Cómo me libro de la lucha diaria entre el cielo y el infierno?, ¿qué tengo que hacer...? En fin: me bajo del vehículo público, me interno en el bar de la zona y me tomo una cerveza. Estoy loco: acabo de salir con una mujer hermosa y ya estoy buscando otra. Bueno, somos amantes, así que no hay límites marcados. Por ahí veo una morenaza y me pongo a platicar con ella y me ocurre lo mismo que con Laura: todos mis problemas se disuelven. Tal vez ya encontré la cura, rodearme de mujeres guapas todo el tiempo. ¡Aja?... Trago saliva y espero que el Walkie Talkie desaparezca por siempre.

# El inicio de las urgencias médicas nocturnas

La noche, lejos de ser un tiempo inactivo o muerto, fue todo lo contrario: un momento donde salvar vidas requería presencia médica continua

POR NADIA MENÉNDEZ DI PARDO

Entre 1920 y 1940, las salas de urgencias y servicios de socorro de la Ciudad de México atendieron proporcionalmente más emergencias durante la noche que en el día. Diversos relatos de la época y análisis históricos sugieren que este fenómeno no fue casual, sino resultado de una combinación de factores médicos, sociales e institucionales. Durante las noches, los servicios de urgencia atendían sobre todo casos traumáticos y agudos repentinos.

La Secretaría de Salubridad reportó en múltiples informes de los años treinta que los servicios hospitalarios carecían de infraestructura específica para atención nocturna, lo que motivó a realizar reformas graduales para ampliar pabellones de observación continua y mejorar la cobertura nocturna (Departamento de Salubridad Pública, 1938). En 1935, se formalizó la Jefatura de Servicios Médicos del Distrito Federal, responsable de coordinar los nuevos puestos de socorro urbanos, y en 1943 se inauguró el Hospital de la Cruz Verde. (Secretaría de Salud CDMX, 2020).

Existían diferentes tipos de ingresos a las salas de urgencias, traumas por violencias y otros padecimientos agudos que tendían a manifestarse o agravarse durante el horario nocturno, como los cólicos abdominales, las crisis asmáticas o las intoxicaciones por alcohol. Las estadísticas médicas detalladas presentan que el flujo de pacientes de urgencia aumentaba al caer la tarde y en la noche (Martínez del Ángel et al., 2006). Las estadísticas documentadas por la Gaceta Médica de México revelaban un mayor número de internamientos nocturnos por heridas y fracturas, muchas aso-

pez Serdán, 1939). Un caso particular fue el que analizó el Dr. Ignacio Chávez (1934), quien reportó que la mayoría de los infartos agudos atendidos en el Hospital General ocurrían durante la noche, coincidiendo con el descenso de la temperatura corporal y las variaciones del sueño. A su vez cabe destacar que las condiciones sociales del periodo promovían el uso del espacio público durante las noches, sobre todo en colonias populares donde las viviendas eran pequeñas y compartidas. El hacinamiento en vecindades y la falta de servicios domiciliarios hacían que muchas actividades domésticas, reuniones familiares y recreación se realizaran al aire libre. (Ramírez Rancaño, 1989). Este uso nocturno del espacio colectivo implicaba una mayor exposición a accidentes y conflictos vecinales, lo que muchas veces terminaba en sujetos malheridos por arma blanca,

las estaciones de policía o por mensajes telegráficos enviados por ciudadanos (Archivo Histórico de la Cruz Roja, 1924). El servicio fue complementado en 1935 con la incorporación de personal femenino capacitado para asistir partos de emergencia durante la madrugada (Archivo Histórico de la Cruz Roja, 1936). En un documento del Departamento de Salubridad Pública (1938) reporta que en ese año los ingresos hospitalarios nocturnos representaban el 42% del total, con mayor prevalencia en días festivos o fines de semana. Ante esta tendencia, se recomendó ampliar la infraestructura nocturna de observación y habilitar pabellones de atención continua, aunque la ejecución de estas propuestas fue lenta por falta de presupuesto.

Desde 1909, el Puesto Central de Socorros brindaba atención inmediata a accidentados y lesionados de la vía pública (Secretaría

se establecieron nuevos puestos de socorro en Balbuena, Tacuba, Mixcoac y Portales, exclusivamente para traumatizados (Secretaría de Salud CDMX, 2020). En 1935, se formalizó la Jefatura de Servicios Médicos, y en 1943 se inauguró el Hospital de la Cruz Verde, hoy Hospital General Dr. Rubén Leñero (Secretaría de Salud CDMX, 2020). Los hospitales generales, como el Hospital General de México y el Hospital Juárez, no contaban con áreas de urgencias formales. Las emergencias eran atendidas por médicos internos o residentes en turno nocturno (Hospital General de México, 2023). Estas guardias, aunque insuficientes, garantizaban atención continua (Hospital General de México, 2023). La Cruz Roja Mexicana también operaba ambulancias las 24 horas, activadas por aviso ciudadano o policial, sin un número de emergencia unificado (Secretaría de



Foto: Especial

Puesto de Socorros del entonces DF.

ciadas a accidentes de tránsito o conflictos en espacios de socialización nocturna (Gaceta Médica de México, 1932). Además, estudios clínicos realizados por médicos del Hospital General de México indicaban un repunte de padecimientos gastrointestinales agudos en horario nocturno, como gastritis hemorrágicas y apendicitis (González, 1937). Otros reportes señalaban que los ingresos por insuficiencia cardíaca, neumonía y crisis asmáticas se incrementaban entre las 10 de la noche y las 4 de la mañana, especialmente durante los meses fríos, cuando los domicilios carecían de calefacción adecuada (Ló-

ingresados en las salas de urgencias. En cuanto a las prácticas laborales, una gran parte de la población trabajaba en jornadas extendidas y posponía la atención médica hasta la noche. En un artículo publicado en *Salubridad y Asistencia*, el doctor Carlos Sodi Romero (1935) menciona que los obreros evitaban faltar al trabajo, retrasando el cuidado de dolencias hasta el final del día, lo que se traducía en cuadros clínicos más graves al momento de su ingreso. La Cruz Roja Mexicana estableció en 1923 su primer servicio de ambulancia permanente con cobertura nocturna, atendiendo llamados directos desde

de Salud CDMX, 2020). Dirigido por el Dr. Leopoldo Castro y vinculado a la policía, contaba con sala de cirugía, curaciones y aseo para el personal (Secretaría de Salud CDMX, 2020). En 1911, los servicios se desligaron de la policía y pasaron a llamarse Servicios Médicos de la Cruz Verde, nombre tomado de la calle Cruz Verde donde se ubicaban. Esta institución pública precedió a la Cruz Roja Mexicana y brindaba atención permanente en la ciudad (Secretaría de Salud CDMX, 2020).

En 1931, los médicos fueron adscritos al Departamento del Distrito Federal. Para 1933-1934

Salud CDMX, 2020). La mayor frecuencia histórica de urgencias médicas nocturnas en la Ciudad de México (1920-1940) fue resultado de la interacción de las patologías prevalentes, las dinámicas sociales urbanas y la respuesta institucional. Las autoridades médicas y sanitarias respondieron con una red de puestos de socorro, guardias médicas permanentes y, eventualmente, un hospital de urgencias. La noche, lejos de ser un tiempo inactivo o muerto, fue todo lo contrario: un momento donde salvar vidas requería presencia médica continua, evidenciando su continuidad hasta el día de hoy. ■

# El asesinato del siglo en Coyoacán

ADRIÁN CASASOLA

**D**urante este mes de agosto se conmemoran 85 años de la muerte de León Trotski, pieza clave de la revolución rusa, que fue asesinado en su casa de Coyoacán por un espía. Una historia peliulesca, si tomamos en cuenta a los involucrados, que incluyen a dos exponentes de la pintura mexicana, Diego Rivera y Frida Kahlo, quienes abogaron por el asilo de Trotski en tierras mexicanas, al convencer al entonces presidente Lázaro Cárdenas; y un artista plástico más, el muralista David Alfaro Siqueiros, quien formó parte de una balacera en su casa de Coyoacán tres meses antes, intentando acabar con la vida del político ucraniano.

A esta trama, hay que agregar a un hombre de origen catalán, con ideas socialistas. Pero vamos por partes: Lev Davidovich Bronstein, nombre real de León Trotski, formó parte de las rebeliones en contra del régimen zarista desde principios del siglo XX, culminando con la remoción del sistema monárquico de aquella época e iniciando la etapa socialista en Rusia, que posteriormente se llamaría Unión Soviética. Un hombre recio que había sobrevivido a la tortura y a las frías cárceles de Siberia en su juventud, ahora enfrentaba las diferencias ideológicas, principalmente con Iósip Stalin, quien debido a esto lo expulsó de su círculo político íntimo y luego de Rusia, emprendió una campaña en su contra y a la postre, ordenó su muerte.

Luego de estar exiliado en Turquía, Francia y Noruega por su oposición al stalinismo e impulsando el trotskismo, llegó a México en 1937 bajo la intercesión de Diego Rivera con el Presidente Lázaro Cárdenas para darle asilo en nuestro país. Vivió en la Casa Azul junto a Diego y Frida; con ella tuvo un breve



romance. Evidentemente, también hubo opositores a su presencia en tierras mexicanas; entre ellos, David Alfaro Siqueiros, presidente del Partido Comunista. Hacia 1940 Stalin ordenó desde Rusia el asesinato de su enemigo, por lo que el mismo Siqueiros realizó en mayo de ese año, junto con un grupo de veinte hombres, el atentado con más 300 disparos a la casa de León Trotski. El ataque falló y resultó ileso, por lo que reforzó su seguridad para que esto no se repitiera.

Al mismo tiempo, un hombre de nombre Jacques Mornard, supuesto hijo de un diplomático belga, sostenía un romance con Silvia Ageloff, asistente de Trotski. Después se supo que este hombre era en realidad Ramón Mercader, espía comunista catalán que enamoró a la mujer para posteriormente poder entrar al círculo íntimo del ucraniano. Fue entonces que, en agosto de 1940, Mercader, llegó a la casa de Trotski argumentando que quería mostrarle unos documentos; al tomarlo desprevenido en su oficina, le asestó golpes en la cabeza, clavícula y pierna con un piolet de alpinismo, pues pensaba que evitaría el ruido de un arma de fuego. Increíblemente sobrevivió al ataque en ese momento y gritó para que Mercader fuera aprehendido. Pero finalmente las graves heridas provocaron la

muerte de León Trotski al día siguiente, el 21 de agosto de 1940.

El asesino fue condenado a 20 años de prisión, mismos que cumplió en la cárcel de Lecumberri; al salir vivió en Cuba y fue condecorado en la Unión Soviética. David Alfaro Siqueiros huyó a Chile para no ser aprehendido...y el asesinato fue considerado el crimen del siglo en su momento. ¡Hasta la próxima!

No olviden visitar la Galería Casasola en C. Benito Juárez 2D en San Ángel, dentro de Galería Caracol Púrpura.

**FOTO 1:** León Trotski y Diego Rivera conversando con periodistas

Autor: Agustín V. Casasola, c. 1937

**FOTO 2:** León Trotski en la oficina de su casa de Coyoacán

Autor: Agustín V. Casasola, c. 1937

**FOTO 3:** Carnet de identidad del asesino de León Trotski

Autor: Colección particular, archivo Casasola, 1940

**FOTO 4:** Mostrando el piolet de alpinismo, objeto con el que se asesinó a León Trotski

Autor: Colección particular, archivo Casasola, 1940

**FOTO 5:** Ramón Mercader rindiendo su declaración por el asesinato

Autor: Colección particular, archivo Casasola, 1940